

Ernesto Langer M.

El círculo

y otros cuentos



Ernesto Langer Moreno

El círculo

y otros cuentos



Derechos reservados 2016
©Ernesto Langer Moreno
Permitida su reproducción mencionando la fuente
Inscripción Registro Intelectual: 266700
Diseño de portada: André Langer F.
Imagen de portada: Caricatura del autor
por el artista Enrique Krûger
Editado por: www.escritores.cl
Impreso en Chile / Printed in Chile

*No me etiquetes, léeme.
Soy un escritor, no un género.*

*Carlos Fuentes (1929-2012)
Periodista y escritor mexicano.*

EL CÍRCULO

1

El vecino del departamento de al lado me dijo una vez que nos encontramos en el ascensor, que yo hacía mucho ruido y eso no le permitía dormir por las noches. Pero no pude entender a qué se refería cuando, después de las diez, apago todas las luces y por lo general me duermo. Además de vivir solo, no tenía siquiera una mascota y creo que no ronco, digo que creo porque uno nunca se escucha roncar a sí mismo.

No le tomé asunto y pensé era otro viejo loco que sufre alucinaciones paranoicas. De mí podía quejarse de cualquier cosa, menos de que hiciera ruido por las noches.

Afortunadamente fueron pocas las veces que me lo encontré y cuando lo hice traté de evitarlo para que no saliera con otra de sus payasadas. Supongo que eso fue lo mejor, no rebatirle nada, no desmentir su absurda acusación. De todos modos me mudaría pronto. Nunca me gustó vivir en el 14 avo piso, porque siempre he sido temeroso de los temblores y si me asomo al balcón me da vértigo. Además, hace tres meses que no pagaba el arriendo y el dueño del departamento quería expulsarme.

Todo esto sucedía porque me quedé sin trabajo gracias a otro loco que logró sacarme de mis

casillas y a quien le rompí la nariz de un certero puñetazo. Se lo pegué porque el tipo, que era mi jefe, me acosaba, pedía cosas imposibles y cuando me veía complicado me gritaba delante de todos. ¡Qué se habrá creído el muy desgraciado!

No era solo yo quien le tenía mala al sujeto, eso lo sé por los comentarios de pasillo, muchas personas le tienen mala; por ejemplo, toda esa gente que asintió con su mirada cuando no pude más y le pegué, tirándolo al suelo. Así que me echaron y, desempleado, sin plata, no tenía más alternativa que cambiar de domicilio.

Saqué las cuentas, por desgracia eran pocos los pesos a mi haber. Creo que, con suerte, me servían para comer unas dos o tres semanas. Estaba en bancarrota, y eso me impidió dormir temprano por las noches. Me quedé despierto hasta altas horas de la madrugada mientras mi cabeza no paraba de pensar.

Mi conclusión fue que únicamente tenía dos posibilidades: o me iba a la calle o a la casa de mis padres, sin saber si ellos me aceptarían. Pero tenía que intentarlo. La situación no daba para más. Podía quedarme en el departamento sin pagar un centavo, hasta que el dueño pudiera echarme, después de algunos meses, según la ley. Pero además existían las cuentas del agua y la luz. Que fome sería, me dije, no poder tirar la cadena del baño ni ver la televisión. Las miradas acusadoras de los vecinos nunca me importaron.

Decidí finalmente golpear la puerta de mis progenitores, quienes me recibieron en forma

cariñosa y me permitieron utilizar la misma pieza que tenía cuando vivía con ellos, que por lo demás estaba igual, las mismas cortinas, el mismo cubrecama y mis afiches de Metálica y Angeline Jolie en una de sus paredes.

Me fui de la casa porque quería ser libre. Quería poder llegar a cualquier hora, traer una mujer y encerrarme con ella en mi pieza sin que nadie me lo impidiera ni objetara. También porque ya no me llevaba bien con mis padres que comenzaron a exigirme estudiar o encontrar un trabajo, cosa para lo cual todavía no me sentía verdaderamente preparado. Lo mío era escuchar música, leer comics, trasnochar y ver los reality de la televisión, para después dormir hasta medio día, tapado con las sábanas hasta la coronilla.

Así que las discusiones con mis padres se fueron multiplicando y multiplicando, hasta que por esas cosas de la vida, de forma sorpresiva, alguien conocido me ofreció un empleo como administrativo en una empresa de transportes donde trabajaba una rubia de miedo que, para más remate, resultó ser la amiga de una amiga y le faltó poco para abrazarme desde el mismo día que llegué.

Con ella precisamente nos cambiamos al departamento pagando los gastos a medias. Todo resultó de las mil maravillas, al menos por unos meses, hasta que después ella cambió inesperadamente de trabajo y también de pareja, como si fuera una culebra que muda su piel. De nada me sirvió insistir que entre los dos nos habíamos comprometido a pagar el arriendo, y me

quedé solo, cosa que resistí cuanto pude y hubiese podido continuar sino fuera porque aquel imbécil se cruzó en mi camino, le pegué y me echaron.

No me dio vergüenza que todos se enteraran que estaba de vuelta en la casa familiar. Mis padres se sentían dichosos de tenerme de nuevo comiendo en su mesa y durmiendo bajo su techo. Más aun, una vez instalado, cómodo, sin mayores exigencias, —porque ahora se me permitía todo, incluso un holgazaneo general—, sin darme cuenta me fui habituando a mi anterior ritmo de vida.

Mis padres querían consentirme, me mimaban, y yo por supuesto me dejé querer. Aproveché de levantarme pasado el medio día y después de tomar una ducha, en la que siempre me lavaba el pelo, salía a juntarme con mis amigos del barrio, una tropa de fracasados sin pega, que todavía aplanaban las calles vecinas conversando y fumando marihuana a la vista de todo el mundo, hartos del sistema, atrapados como una mosca en una telaraña de sueños sin futuro.

Entonces, durante un tiempo, volví a ser uno de ellos. Reuniéndome en las esquinas a conversar sobre temas intrascendentes, a ser el mismo paria de antes. Aunque esta vez aquello no me dejó satisfecho, porque súbitamente comencé a querer ser otro, alguien. No necesariamente alguien importante o rico, pero sí alguien independiente, con mejor perspectiva y futuro. Nunca más un fracasado, un mantenido.

Las vueltas de la vida, me dije, mientras masacraba la colilla de un cigarrillo recién fumado, aplastándola con mi zapato contra el pavimento. Ahora quería ser útil, progresar, realizarme, ser un aporte para la sociedad, todas esas cosas que antes despreciaba. Sentí que era necesario dar un giro de 180 grados y entonces comenzó mi odisea.

Ese mismo domingo me puse a buscar trabajo mirando los avisos de los diarios. Por supuesto tuve de inmediato la aprobación y ayuda de mis padres, que con asombro vieron como su hijo único por fin sentaba cabeza y cambiaba de rumbo. Yo me alegré de verlos tan contentos. Mi padre no paraba de golpearme la espalda cariñosamente, me ofreció dinero para los trámites, para las fotocopias de mi currículum, envió de cartas y plata para locomoción, en caso que fuera necesario.

El destino me sonrío, pensé entonces, mientras miraba fijamente el cielo de mi pieza, tirado sobre mi cama, contento, repleto el pecho de sueños y esperanzas.

Pero desde un principio me topé con que no estaba lo suficientemente calificado, que solo podía postular a cargos de menor importancia: júnior, ascensorista, reponedor de multitienda, cajero de supermercado y cosas por el estilo. Ni siquiera podía optar a un cargo como el que tuve en la empresa de la que me echaron. Ese fue mi primer golpe. Después vendrían otros, como supongo le ocurre a todo el mundo, porque la vida es una lucha y cuando abrimos los ojos a veces es demasiado tarde.

Al cabo de algunas semanas tuve cinco entrevistas. Tres para vendedor y otras dos de repartidor de pizzas. Pero ninguna prosperó. En todas quedaron de llamarme. A pesar que el sueldo era mísero, yo me hacía vanas ilusiones que después se desvanecían. Entonces empecé a desesperar, me puse a rogarle a Dios, un Dios en el que confieso no tengo ninguna fe, pero no veía otra salida y tuve que invocar a cualquiera que pudiera ayudarme.

No sé si esa fue una buena idea, pero lo hice: me deshice en emociones y ruegos hasta que sin respuestas de ningún tipo me fue ganando la impotencia. (Dios no existe).

No te desanimes, me dijo muchas veces mi madre, a lo mejor te convendría iniciar un negocio independiente. Pero no era capaz de imaginar qué podría hacer alguien como yo, sin estudios, sin recursos ni pitutos.

Lo cierto es que pasaron las semanas y no logré encontrar un trabajo. Ninguno. Parecía que todas las puertas me estaban cerradas. Llevaba demasiado tiempo viviendo de la generosidad de mis padres, quienes de todos modos en ningún momento me sacaron en cara mi nulo aporte al presupuesto familiar, a pesar de sus limitados recursos económicos.

Yo sentía que debía valerme por mí mismo, pero ¿qué podía hacer frente a las circunstancias que se empecinaban en mantenerme parado, inactivo, sin trabajo? Y no es que le pusiera poco empeño, porque dejé los pies en las calles, haciendo

caso omiso de mi vergüenza, de mi dignidad, preguntando por un trabajo, cualquiera, el que fuera, sin ningún éxito.

Me pasé noches y noches enteras pegado al cielo de mi pieza pensando en qué podía hacer, cómo salir del hoyo negro en que caía sin remedio. Entre otras cosas pensé en convertirme en un gigoló para mujeres con plata, pero renuncié al instante seguro que ni siquiera aquello estaba a mi alcance. Incluso pensé en comprarme un revólver y dispararme en la cabeza, pero ¿con qué dinero?

Llegué a tal punto que se me caían las lágrimas, sobre todo cuando me di cuenta lo difícil que resultaría recuperarme y despegar.

Me arrepentí mil veces de aquel combo pegado con tanta fuerza como inconsciencia; aquello me había costado el puesto de trabajo que ahora veía tan lejos, casi inalcanzable. No había trabajo para mí, como si tuviera una enfermedad y eso, no le importaba a nadie.

2

Ese día llovió, mientras Marcelino desesperaba en su pieza, solo, casi muerto de angustia, con la moral decaída, envuelto en emociones negativas que no le permitían pensar con claridad. Así que decidió salir a mojarse bajo la lluvia. A ver si de ese modo se le aclaraban las ideas; si acaso podía mirar hacia otro lado y abandonar ese espacio oscuro del cual no podía zafarse. Pasaba por

un mal momento y el día con sus nubes negras parecía acompañarlo, seguirlo como si fuera su sombra. Al salir de la casa sintió la lluvia sobre su cabeza y no le importó, siguió caminando hasta que llegó al paradero de locomoción colectiva, en el que se guarecían de la lluvia dos de sus amigos que tenían el lugar pasado a marihuana. Marcelino los vio y se acercó para saludarlos. Los amigos lo acogieron fraternalmente y le pasaron un pito al que Marcelino sin pensarlo le pegó una buena fumada. Eso podía ayudarle. Liberarlo de tanto pensamiento impulsivo e indeseado, que no quería más.

Fueron ellos, bajo el refugio de ese paradero de locomoción colectiva, quienes le hablaron del “trabajito”, que no era algo difícil ni peligroso, sino al contrario, simple y muy lucrativo.

Para su buena suerte, como le dijeron, había llegado justo en el momento propicio, porque les faltaba un socio, alguien con cojones para ejecutar su parte en el operativo. Le contaron el plan y como aquella era una propuesta que lo comprometía, le pidieron que no respondiera de inmediato, que lo pensara. Él por supuesto accedió; aunque su primera impresión fue que sus amigos estaban locos.

Es cierto que el panorama laboral no era promisorio, que los trabajos de verdad no crecían en los árboles, y que si la cosa continuaba parecida el futuro se veía más bien color de hormiga. Pero de ahí a formar parte de una asociación ilícita había un abismo. Así que continuaron conversando de otras cosas y Marcelino se despidió para seguir, según él, disfrutando de la lluvia.

Al rato volvió empapado a su casa.

Ese mismo día en la tarde cayó sobre la ciudad una lluvia torrencial que le impidió a Marcelino volver a salir y en esa pieza un poco fría, acompañado por la música estridente de los Rolling Stone, se quedó a reflexionar sobre sus posibilidades, que eran casi nulas; y esa falta de oportunidad lo tenía por las cuerdas. No podía resignarse a su suerte, tenía derecho a ganarse la vida como cualquiera y no entendía bien qué era aquello que lo estaba condenando al inmovilismo, a la pobreza. En alguna parte debía haber alguien que necesitara una persona como él, con sus atributos. No era posible que la mala fortuna lo marcara como suyo para siempre, aunque debía rendirse a la evidencia que no tenía ni para comprarse un par de zapatos. Deseaba ahora con toda su alma convertirse en un hombre productivo, para disfrutar de los frutos del hasta ahora, esquivo trabajo. Porque tenía la energía suficiente, la disponibilidad necesaria, unas ganas incontenibles, y necesitaba el dinero.

El trabajito consistía en el asalto a una casa, donde sus propietarios estarían ausentes y el botín podía ser extremadamente generoso. Sus amigos parecían haberlo considerado todo y contaban con un plan estudiado en sus mínimos detalles, según dijeron.

En su desesperación Marcelino comenzó a pensar que esta era la única salida que el destino le ofrecía y que, tal vez, aceptar la invitación hecha por sus amigos no era mala idea, así que empezó a considerarla.

Mi hijo es inocente, el señor fiscal comete varias irregularidades, según nuestro abogado. Es imposible que él pudiera haber participado en ese delito, en un crimen tan atroz como el que lo acusan. Yo, por supuesto, meto mis manos al fuego por él. Mi hijo es un hombre sano, bien educado, que tiene sus valores bien claros y no cometería una insensatez como aquella. De seguro aquí hay gato encerrado, una confabulación en su contra con la que, por razones que desconozco, intentan perjudicarlo. Si es cosa que pregunten a todo el mundo, a los parientes, a los vecinos. Mi hijo no es culpable, repitió, alguien tiene que hacer algo para ayudarlo. No es posible que en este país se condene a un inocente.

Según mis amigos, el padre de familia sale todos los días un poco antes de las ocho de la mañana, abre el portón de su casa y se dirige en su auto hacia el centro. La mujer sale un poco después con sus dos hijos, que lleva seguramente al colegio, y no vuelven hasta la tarde. La casa tiene un sistema automático que al oscurecer enciende las luces del frente. También tiene una alarma, que mis amigos conocen al dedillo y saben cómo dejarla fuera de servicio.

Íbamos a entrar por la puerta trasera porque se supone es más fácil forzarla. Una vez adentro nos dedicaríamos a buscar las joyas, o cualquier otro artículo de valor, de los que estaban seguros eran guardados en el domicilio.

A medida que me informaron del plan me fui haciendo una idea del lugar y la operación. Mientras tanto el solo pensar en el suculento botín me alentaba, dándome valor.

Por fin tendría unos buenos pesos para moverme. Era un trabajo limpio. Yo solo tenía que ocuparme de vigilar por si ocurría algo o venía alguien, mientras mis amigos se encargaban del resto.

Qué alegría, me dije, por fin tenía un trabajo; uno no muy convencional, pero daba lo mismo. Porque mucho peor es ver como todo el mundo se compra autos nuevos, viaja por el mundo, usa teléfonos cada vez más inteligentes, mientras nosotros los desafortunados, los perdedores, los angustiados, nos vamos postergando. No es resentimiento. Aunque tal vez lo sea. Pero da lo mismo.

Aquella mañana me levanté temprano y nos juntamos con la intención de entrar a la casa. Hacía frío, una niebla densa dificultaba la visión a más de tres metros, así que tuvimos que acercarnos para ver con claridad. A él lo vimos salir y dirigirse en su auto hacia el centro. Pero ella y los niños tardaban más de lo presupuestado, lo que nos puso nerviosos. Entonces pasaron por mi mente

un montón de pensamientos que me inquietaron: ¿Estaría bien lo planeado?, ¿Era lo correcto?, ¿Considera el plan los imprevistos?, porque se suponía que la casa quedaba deshabitada y hasta ese momento, cincuenta minutos después de lo programado, la madre no salía. Tal vez estaba enferma ella, o alguno de sus hijos.

Lo que haya sido; el plan se desinfló, y debimos esperar otro día para cometer el asalto.

A la mañana siguiente de nuevo nos levantamos temprano y acudimos a la casa de la cual no vimos salir a nadie, tampoco el marido. Nuestra sorpresa fue total, pues ninguno de nosotros tenía el suficiente coraje para entrar al domicilio con toda la familia dentro. Así que ese día también desistimos y retornamos a nuestro barrio, decepcionados.

El dinero me rehuía, se escapaba, pero recordé que no tenía alternativa, mis amigos tampoco.

Nos pusimos de acuerdo en dejar pasar una semana para después reintentarlo, con tanta mala suerte que el día programado uno de mis amigos amaneció enfermo, incapaz de levantarse y cumplir con su trabajo. No es raro que este se convirtiera de inmediato en el blanco de nuestras maldiciones, porque nosotros no queríamos hacerlo solos, por miedo a que el plan se complicara.

La semana siguiente nos fue peor. Mi amigo no iba mejor, llevaba varios días enfermo. Nuestra moral, entonces, se fue desmoronando y dudé otra vez si el plan era el que convenía, si sería posible ejecutarlo. Me hice mil preguntas, que qué pasaría si ocurría esto, o aquello, pero mi otro amigo me

detuvo arguyendo que todo era perfectamente posible, que lo habían hecho antes, varias veces. Había que esperar y mantener la sangre fría para que resultara.

Le hice caso e intenté darme ánimo, pensando siempre en los cochinos pesos que esperaba con ansias.

Todas esas noches, sin embargo, no pude conciliar el sueño y tuve pesadillas en las que me veía en la cárcel encerrado, víctima de otros reclusos que me agredían.

Pero creo que la gota que rebalsó el vaso fue cuando nuestro amigo enfermo recibió el diagnóstico de hepatitis, que lo condenaba a treinta días más de cama y, mi otro compañero, quien había planeado el asalto, conseguido los planos de la casa y coordinado la operación, abortó el emprendimiento con una frialdad que me caló hasta los huesos.

Todo quedaba en nada y yo seguiría sin trabajo, desempleado, depresivo, sin un céntimo en los bolsillos. Algo que para mí era impresentable. Sobre todo porque les había dicho a mis padres que tenía un trabajito, del cual muy pronto veríamos los frutos, y no quería decepcionarlos.

Así que aperré solo. Un día vi a toda la familia salir por la mañana y, siguiendo las indicaciones dadas por mis amigos, inhabilité la alarma y me introduje en la casa por la puerta trasera.

La casa era elegante, muebles finos, muchas alfombras, cuadros y jarrones. En el segundo piso las ventanas estaban abiertas y las camas deshechas. Justo entonces se me ocurrió ir al

baño y mientras orinaba sentí abrirse la puerta de entrada. Me demoré un segundo en subir la bragueta de mi pantalón y escuché expectante hacia dónde se dirigían los pasos. Era una mujer que tataba una canción conocida, creo que una de Elton John. Seguramente era una nana que no estaba considerada en el plan. Me oculté detrás de la puerta del baño y retuve mi aliento para escuchar mejor. Estuve allí inmobilizado unos minutos intentando no hacer ruido, pensando dónde mierda podían estar las joyas que había entrado a robar. Todo esto mientras la mujer tataba su canción y se movía de un lugar a otro de la casa.

Cuando escuché el ruido de unos platos en el primer piso, supuse que estaba en la cocina y me atreví a ir hurgar en el dormitorio principal. No sé cómo tuve tanta sangre fría para hacer eso y no escapar. Es que el desempleo mata, me dije, al mismo tiempo que abría con todo cuidado los cajones de una cómoda y metía mis manos en ellos buscando el botín.

En el segundo cajón de esa cómoda encontré las joyas que guardé en mi bolsillo, precisamente en el momento que escuché de nuevo abrirse la puerta de entrada y una voz de hombre le habló a la mujer llamándola “querida”.

Enseguida escuché como subían las escaleras y se dirigían al dormitorio donde yo estaba. Me apresuré a esconderme en un closet cercano y desde este, como el ladrón en que me había convertido, los escuché fornicar sobre la cama que crujía y parecía que se iba a desarmar.

No podía verles las caras, pero supuse que era el dueño de casa haciéndole el amor a su amante, la empleada. Eso no suena tan descabellado. El acto duró algunos minutos y durante todo ese tiempo estuve con mi mano en el bolsillo, agarrando las joyas que significaban para mí un mejor futuro. Imaginé a los amantes transpirando, agotados después del coito, y de repente escuché dos disparos y los pasos de alguien bajando apurado uno a uno los peldaños de la escalera.

Al principio me horroricé, pero después me armé de valor y abrí la puerta del closet. Allí estaban los dos tirados sobre la cama, cada uno con un disparo en el cuerpo. La mujer agonizaba.

En verdad no atiné a otra cosa que salir corriendo del lugar, teniendo cuidado que nadie me viera. Salí con el corazón en la mano y me perdí en las calles aledañas. No tengo idea de la identidad del o la asesina. Tampoco me importa en lo más mínimo. Yo hacía mi trabajo, lo otro no me incumbe.

Señor Juez, la tesis del fiscal es errada, mi cliente es inocente de los graves cargos que se le imputan. El no es un asesino. El robo de las joyas lo cometió sin mediar ningún hecho de sangre, por lo que tiene las manos limpias. El señor Marcelino Rentería es un hombre, como muchos en nuestro país, que acosado por la falta de trabajo decidió darle solución a sus problemas robando en la

casa de la familia Riquelme. Erradamente, cierto. Pero aquellos asesinatos no son de su autoría, como lo prueba el que no se ha encontrado en su poder ningún arma homicida y que el motivo de los crímenes es según toda evidencia, un motivo pasional.

Mi defendido declaró desde un principio, cuando lo arrestaron intentando vender las joyas; que en el momento que entró a la casa y la abandonó, después del robo, la casa estaba completamente vacía y tranquila, así que debió ser mucho antes que los terribles crímenes sucedieran. Por eso, no permita usted, señor Usía, que un inocente cargue con esas muertes que no ha cometido.

6

El veredicto, sin embargo, le fue adverso y lo condenaron a dos cadenas perpetuas, una por cada asesinato. Su madre cayó desmayada en el tribunal cuando dictaron la sentencia y Marcelino apareció al otro día en todos los diarios del país como un asesino peligroso e implacable. El abogado dijo que apelarían, aunque Marcelino ya había aceptado la derrota entregado por completo a su destino.

Fue inmediatamente enviado a una prisión de alta seguridad donde pasaría el resto de sus días.

Al llegar al recinto penitenciario lo hicieron pasar por los procedimientos habituales, tuvo que soportar en un cuarto helado el chorro de agua

fría sobre su cuerpo desnudo, lo fotografiaron de frente y de perfil, le metieron un dedo buscando algo en la boca y en el ano, y luego fue enviado a compartir una celda con otros reclusos que lo recibieron entre risas y sarcasmos.

La celda era pequeña, con una ventana con barrotes y estaba repleta de sábanas, frazadas y ropa colgando de todos lados. Le asignaron la parte superior de un maltratado camarote que al soportar su peso se cimbró, metiendo bulla.

El hacinamiento era horrible. Con él eran 10 en un lugar donde cabían apretadas seis personas. Se encontraba ahora en medio de desconocidos que en adelante serían sus compañeros de vida, su familia. Hombres que, como él, habían defraudado la sociedad cometiendo un crimen. Algunos cumplían condenas desde hacía ya larga data y estaban acostumbrados al régimen carcelario que él tendría también que aceptar y soportar.

Muy pronto apagaron las luces y sobre el penal cayó un manto de silencio. Los reclusos se arrojaron para buscar rápidamente los sueños, como si sin su auxilio no pudieran sobrellevar el encierro en que vivían.

Marcelino lloró entonces por todo aquello que había aguantado: su mala suerte, la injusticia, la impotencia, el infortunio.

Y esa misma noche la cárcel le tenía guardada una sorpresa. No pasó mucho rato cuando entre tres reclusos que aparecieron de repente, de no se sabe dónde, lo inmovilizaron, lo tiraron al suelo y le quitaron la ropa para después introducir sus

inmundas y ávidas vergas en su sucio y novato culo. No importó cuánto gritara llamando por auxilio, nadie acudió, ni sus compañeros ni los guardias. Tuvo que sufrir la vejación sin lograr zafarse de los fuertes brazos que lo aprisionaban. Fue algo espantoso.

Dos reclusos se ensañaron finalmente con su trasero, los que debieron encontrar tierna y atractiva su carne blanca y delicada, sus gemidos de impotencia y el dolor que más los excitaba.

Aquel era una especie de bautizo carcelario y no había cómo evitarlo, los maricones de la peni lo recibían con algarabía y besos, con pellizcos en sus piernas y sus nalgas. Sintió que estaba en el mismo infierno y quiso terminar con su vida, sucio e impregnado todavía con el olor asqueroso de aquellos que lo habían violado, quitándole su preciada dignidad. Pero no lo hizo, porque no fue capaz. No pudo.

Al otro día los golpecitos en la espalda que le dieron sus compañeros de celda lograron reconfortarlo un poco. Existía entre ellos una aprobación implícita de lo ocurrido esa noche, todos lo sabían, y todos lo aceptaban, como si este fuera un rito de iniciación a una secreta cofradía, el derecho de entrada a un mundo en el que debía aprender a adaptarse y convivir.

Las noches siguientes no volvieron a abusarlo.

En medio de ese paisaje infernal, de aquel cuadro de miseria humana, hizo algunos amigos, los que por supuesto se rieron cuando les relató

que era inocente. Aquí todos somos inocentes, le replicaron.

Así las cosas tuvo que aprender a vivir encerrado en medio del caos, entre las continuas peleas de los reclusos, tomando tecito, mate, o cualquier otra yerba, conversando en los pasillos, compartiendo cigarrillos que eran escasos, y caros.

Tuvo que dejar atrás su antigua vida, convertirse en uno de ellos, siempre desconfiado, siempre alerta y a la vez sumiso, dispuesto a todo. La vida allí dentro era diferente, complicada, estaba llena de gente violenta, agresiva, baños malolientes, comida desabrida o insípida, homosexuales y asesinos por todas partes acechando a los más débiles. Sin duda que ése era el purgatorio, donde se pagan las penas.

Echaba de menos a sus padres, pero también su pieza, sus largas duchas con agua caliente, la buena comida.

Su sueño de volver a encontrar trabajo ya no tenía sentido, los dados habían sido tirados y resultó ser el perdedor, la víctima, el escogido por el destino para que la vida se ensañara.

Así pasaron los días, las semanas, los meses, la primavera, el verano con sus colores, sus olores, encerrado en esos patios con paredes de seis metros, considerando los días de visita los domingos, las infaltables riñas de las pandillas, los reclusos que ingresaban y otros que partían. Hasta que la noticia le llega sin que lo esperase, justo cuando lo aceptan en un programa para reos donde, debido a su buen comportamiento, le asignan un trabajo, uno de esos que afuera le habían sido esquivos.

Ya me había hecho la idea de morir encerrado. Inmerso en esa forma de vida el mundo exterior se iba convirtiendo poco a poco en un recuerdo. Es curioso, a pesar de mi inocencia un profundo sentido de la derrota, la fatalidad, de algún modo me ayudó a resignarme y aceptar mi destino. Por eso no recibí con entusiasmo la noticia porque, paradójicamente, al fin tendría allí dentro el ansiado trabajo. La noticia me llegó de cualquier modo y, contrariamente a lo que esperaba cualquiera, me derrumbé por completo.

La vida nunca termina de sorprendernos.

El verdadero asesino fue descubierto. Mi intuición aquella mañana no había fallado. La esposa celosa los sorprendió en la cama y apretó el gatillo. Fue ella a quien escuché bajar peldaño a peldaño la escalera. Un detective contratado por mis padres (no sé cómo lo hicieron, de dónde sacaron el dinero), descubrió la verdad y reunió las evidencias.

Doce meses después que me metieron preso, ella confesó que su marido la engañaba, que esa mañana al regresar a su casa más temprano, de manera desacostumbrada, se había percatado de ello; y que no lo soportó, que se llenó de rabia, que sin pensarlo siquiera, como un verdadero zombi, cogió el revólver que su marido guardaba para protegerse de eventuales ladrones y estuvo allí unos segundos parada en silencio, en la sombra,

mirando como ellos se revolcaban. Hasta que primero se sintió transpirar, después se sintió congelada y, motivada por los celos, disparó.

El Alcaide me mandó llamar y dio la noticia. Me dijo que desde ese momento estaba libre.

Y ese mismo día dejé la cárcel para encontrarme con mis padres que me esperaban afuera con lágrimas en sus ojos.

Entonces fuimos a la casa, de vuelta a mi pieza sin humedad ni garabatos en las paredes, a las largas duchas con agua caliente, a las comidas nutritivas y sabrosas, a mis sábanas limpias.

De regreso al paraíso, me dije.

El tiempo sin embargo volvió a correr, y al cabo de algunas semanas me encontré de nuevo en lo mismo, buscando un trabajo sin poder encontrarlo; temiendo que toda esta historia pudiera repetirse, girando en un gran círculo vicioso del cual escapar fuera casi imposible.

EL CÍRCULO

Segunda parte

8

La solución que encontró Marcelino para desligarse de su hasta ahora malograda biografía fue quitar el país. Irse a buscar mejor suerte en otras tierras y después regresar; eso estuvo siempre en su mente, amaba su tierra y su gente. Pero si antes había sido complicado encontrar un trabajo, ahora con sus antecedentes le sería todavía más difícil.

Había perdido toda esperanza. Necesitaba urgentemente cambiar de aire, olvidarse un poco de la situación; y como tenía un pariente en el extranjero, ése parecía un buen camino.

Sus padres estuvieron de acuerdo, deseosos de una mejor vida para su hijo, incluso si esto significaba dejar de verlo por mucho tiempo. En este país no pasa nada, los jóvenes parecen estar de más, le dijeron, tienes que salir e intentar conquistar el mundo cueste lo que cueste; o se arriesgaba a envejecer siendo pobre, siempre postergado, sumido en la derrota. Debía viajar a Bélgica donde su primo Pedro, Pierre, como le llamaban ahora, lo estaba esperando.

Cuando supe que mi primo Marcelino estaba en problemas lo invité a vivir en mi departamento y envié el pasaje. Le iba a enseñar un oficio con que ganarse la vida. El negocio aquí marcha bien, sin problemas, explotando la ingenuidad e inocencia de los europeos.

Aquí nosotros somos como una familia y nos ayudamos. El muchacho es vivo, no le va a costar aprender cómo meter las manos en los bolsillos ajenos.

Apuesto que va a ser todo un éxito. Después me lo va a agradecer, estoy seguro.

Marcelino se despidió de todos, de sus padres, de sus amigos y de su tierra. Estaba ansioso de emprender aquel viaje que lo llevaría a una nueva vida. Se consiguió un libro para aprender francés en 10 días, pero lo que aprendió después no le serviría de nada.

El viaje fue largo, agotador, aunque como era su primer viaje en avión le pareció increíble.

Después de 17 horas de vuelo aterrizó en Bruselas donde su primo Pierre lo esperaba y lo recibió con los brazos abiertos. Hacía mucho tiempo que no se veían. Pierre era unos quince años mayor, ahora vestía elegante e iba bien afeitado, era un

poco más viejo de como lo recordaba. Marcelino también lo abrazó y le dio las gracias por haberlo sacado de Chile. Venía dispuesto a hacer lo que él le dijera.

Y pasó poco tiempo para que Marcelino descubriera lo que su primo hacía viajando en el metro a las horas de mayor afluencia de público.

Pierre esperó unas semanas mientras le hacía conocer la ciudad, moverse por ella, y una vez que viajaban en un carro del tren subterráneo le pidió que observara.

El carro iba repleto y comenzaron a moverse a empujones entre la gente. Marcelino, que iba detrás de su primo, no pudo ver nada inusual, solo cuerpos golpeándose contra otros cuerpos, acomodándose entre ellos mientras viajaban. Hasta que dos estaciones después se bajaron por otra de las puertas del carro con una billetera como botín.

Marcelino quedó con la boca abierta, por la destreza demostrada por su primo, pero sobre todo por la manera en que este le confesó ganarse la vida: como lanza profesional, un carterista. Y sin ninguna vergüenza.

Tal vez no era lo que esperaba. Reconozco que me sorprendió y primero me dio risa, pero después miedo. El negocio sin embargo parecía lucrativo. Pierre me aseguró que con un poco de práctica,

si me esforzaba y seguía sus instrucciones, muy pronto me llenaría las manos de plata gracias a estas personas que eran demasiado confiadas, presa fácil para manos hábiles como las suyas, eso dijo.

Me presentó a Jonathan, alias el negro, a Mario alias el coqueto, y a Rogelio alias el angelito, todos chilenos viviendo de lo mismo, compañeros de oficio, a quienes la suerte les sonreía y quienes me recibieron en el grupo sin problemas. Me adoptaron e instruyeron sintiendo un natural orgullo cuando por fin debuté en público. Fue como pasar un examen donde los cuatro me observaban robar mi primera billetera. Lo hice bien porque me resultó como un juego y después de muy pocos intentos abortados, producto de mi impericia, fui adquiriendo una destreza que jamás habría imaginado.

Robé todo tipo de portadocumentos y también billetes de los bolsillos.

A mis padres les escribí que trabajaba junto a mi primo Pierre en el metro de Bruselas, como ayudante de mantenimiento; que gracias a él aprendía un oficio. Y les envié dinero.

Los cinco chilenos nos reuníamos por las tardes en el departamento del coqueto a tomar un té y a repartir el botín de ese día, porque hacíamos un pozo común. Era un sistema fraternal de reparto, comunista como dijo el negro un día, y reímos, porque para este todo era un chiste, y nos alegraba la vida.

Las billeteras tenían dinero pero también

documentos: carné de identidad, de conducir, tarjetas de visita y otros papeles. A veces me entretenía mirándolos, tratando de pronunciar bien los nombres de las víctimas, quienes seguramente los echaban de menos y habrían hecho cualquier cosa por recuperarlos. Después las billeteras se iban a un basurero.

12

Un día la foto de un carné llamó la atención de Marcelino. Era el rostro de una mujer rubia, con la tez muy blanca, el pelo rizado. Sintió que la imagen lo miró con unos ojos tan azules que lo cautivaron. Esa mirada tenía algo especial que lo atraía y pensó que por única vez haría una excepción devolviendo la billetera a su dueña.

No dijo nada a sus compañeros quienes seguramente se habrían opuesto a tamaña tontería que podía poner en riesgo su oficio.

A la víctima le diría que había encontrado la billetera en la calle. De seguro iba a pasar como un buen samaritano.

Buscó la dirección en un plano de la ciudad. Tomó el mismo metro en que ejercía su oficio y llegó a la dirección indicada en el documento, donde tocó el timbre.

La mujer de la fotografía abrió la puerta con una sonrisa en los labios y le preguntó en francés, qué deseaba. Como él no comprendió lo que decía sacó la billetera de su bolsillo esperando la reacción de

la mujer. Cuando ella se dio cuenta que Marcelino le traía de vueltas su extraviada billetera, lo hizo pasar de inmediato.

El lugar era luminoso y percibió un olor a incienso llenándolo todo. Las paredes tenían muchos cuadros con figuras extrañas y en medio de la sala había una mesa de madera con un enorme Buda reposando sobre ella.

Celine le ofreció asiento y al ver que Marcelino no dominaba el idioma le habló primero en inglés, luego en lo que a él le pareció italiano, y finalmente en un español de España que hizo a Marcelino asentir con su cabeza. Español, si, le dijo, esa es mi lengua, soy chileno.

¿Dónde la encontró?, preguntó ella.

En la calle, respondió él. Creí que a su dueña le harían falta todos esos papeles y quise hacer mi buena obra del día, concluyó.

Celine quiso agradecerle invitándole un café.

Por favor acepte, le pidió.

Y Marcelino embrujado por esos ojos y su mirada, aceptó.

Que haya ocurrido esto en una ciudad superpoblada como la nuestra, en estos tiempos en que la gente es tan individualista como para preocuparse únicamente por lo suyo, me parece un signo de la providencia y creo que este hombre me ha encontrado traído por fuerzas que están

más allá de sí mismo. No cualquiera hace lo que él hizo. Estoy sorprendida, agradecida de su buena voluntad. Cómo quisiera que hubiese más gente como él en el mundo. Me ha devuelto la billetera hasta con los euros que tenía. Además es chileno, un país que no me es desconocido.

Los designios de Dios son insondables. Marcelino me ha dado una muy buena impresión y quedé de volver a verlo. Así aprovecho de practicar mi español y hacer un nuevo amigo. El universo sabe lo que hace. Yo confío.

14

Me fui de ese departamento con el corazón encendido, lleno de ansiedad, de amor podría decirse. Quise descubrir si esos ojos, esa mirada impresa en un pedazo de papel, tendría la misma fuerza en el personaje de carne y huesos, y la realidad superó las expectativas. Celine no es solo una mujer bellísima, sino que tiene un ángel muy especial.

Por supuesto no hice ningún comentario a mis amigos y seguí visitándola.

Ella me habló de lo que hacía como profesora de yoga, y de sus sueños. Yo la escuché sin decir una palabra, casi siempre absorto en su mirada.

Cuando me preguntó qué hacía le dije que había llegado al país hacía poco, donde pretendía radicarme, y mientras vivía en el departamento de un primo. Después le mentí diciendo que en mi

país trabajaba como un vendedor de libros, lo que en Bélgica no era posible, por razones obvias. Mi francés era nulo. Ella también me escuchó atenta. Así que éramos dos sujetos que se comunicaban sin interferencia, desde un principio.

Cierta vez me habló de la meditación y esas cosas que yo poco entendía, me dijo que Buda había sido un hombre increíble, que sus enseñanzas eran algo así como la llave para liberarnos de lo malo que los seres humanos teníamos dentro.

Siempre tenía un incienso quemándose en la sala y siempre hablábamos frente a la estatua del Buda que parecía mirarnos. Me enseñó francés y gracias a ello en poco tiempo comencé a balbucear mis primeras frases correctas.

Nos hicimos amigos. Más que amigos.

Mi primo Pierre me felicitó por mis avances en el idioma, los que no eran tantos, pero como el negocio seguía floreciente, y nadie había sido arrestado, eso lo tenía contento.

Me preguntó qué hacía por las tardes y yo le dije que cortejaba a una amiga. Entonces rió y aprobó con su cabeza. Muy bien, me dijo, nada mejor que una entepierna bien jugosa, ¿No es cierto? A lo que respondí que estaba enamorado.

Ninguna otra mujer había logrado cautivarme como aquella, y a medida que fuimos profundizando nuestra relación me fui complicando.

Ejercer un oficio como el nuestro requiere de cierta disciplina, sobre todo si actuamos en grupo como lo hacemos. Por eso a menudo les recuerdo que somos profesionales y no podemos permitir que las cosas se nos dispersen porque cualquier descuido puede costarnos el trabajo, la libertad.

Pero una mujer no tiene por qué ser un problema, lo digo pensando en Marcelino. Aunque uno siempre, siempre tiene que cuidarse de no dar un paso en falso y las mujeres, no lo sabré yo, muchas veces son la chispa que inicia el incendio.

Cuento con que mi primo Marcelino no es tonto y no hará ninguna lesera que pueda ponernos en riesgo, sincerándose, confesando todo a una mujer, por ejemplo.

Marcelino comenzó a practicar yoga con su amiga. A veces se quedaba con ella por las noches, e incluso fue invitado a mudarse a su departamento. Las conversaciones duraban hasta altas horas de la madrugada y el espíritu encarnado en el hombre empezó a despertar, querer otras cosas.

No quería seguir mintiendo, pero no podía confesarle que era un carterista que trabajaba en el metro robando a sus compatriotas. Ese era un secreto que debía seguir secreto. Ella podría no soportarlo, sentirse engañada, y temía perderla.

Ahora entendía eso de que Buda quería evitar el sufrimiento, y él intentaba precisamente evitarlo. Quería convertirse en su protector y no iba a permitir ninguna cosa que pudiera dañarla. Inclusive la verdad que le ocultaba. Así que calló, siguió engañándola. Por temor y por vergüenza.

Ya se le ocurriría algo.

Mientras tanto sus padres recibían noticias positivas, entre estas una foto de la novia de su hijo y muchos billetes, porque la empresa donde trabajaba era buena, y el salario justo. Lo había logrado. Podían estar tranquilos y felices.

17

Terminé mudándome a vivir con Celine, seguro que entre nosotros teníamos algo serio que podía durar. Mi primo Pierre trató de persuadirme de no hacerlo; no sé si lo hizo porque no quería volver a vivir solo o porque temía que me desbandara. De cualquier modo no le hice caso. Celine poco a poco se iba haciendo más necesaria para mí y no quería perder un momento para compartirlo con ella. En un principio vivimos como en un verdadero nido de amor del cual no queríamos alejarnos. Ella seguía haciendo sus clases de yoga en un Centro Social, y yo seguía robando en el metro, sin que ella supiera. Pero nos esforzábamos por volver a nuestro nidito lo más rápido posible, para estar juntos.

El problema se nos presentó cuando decidido de nuevo a cambiar de vida, no contento con el

trabajo que ejercía, deseoso de hacer algo que pudiera llenarla de orgullo, intenté ir alejándome del grupo de carteristas y del oficio, hasta que un día no aparecí por el metro.

Mi primo creyendo que estaba enfermo vino a buscarme y se mostró molesto por la decisión que había tomado, echándole toda la culpa a Celine que, según yo, nada tenía que ver en el asunto.

Encontró que era un desperdicio. Esto no va a terminar en nada bueno, me dijo, y se fue. No volví a verlo por algún tiempo.

Mi idea era buscar un trabajo decente, en lo que fuera. Otra vez me encontraba en la misma situación inconfortable, aunque esta vez con un obstáculo suplementario: el idioma. Pero el amor lo puede todo, incluso hacer soñar al más tozudo de los escépticos.

A Celine le dije que el dinero traído de Chile se me acababa y me urgía un trabajo. Ella prometió ayudarme a conseguirlo, pero mi destino era otro. Los trabajos formales, correctos, aceptables, no querían nada conmigo y volvían a esquivarme. No hubo caso.

El dinero que había logrado juntar robando se terminaba. Así que después de dos años viviendo en ese país, como indocumentado, como ladrón de billeteras, le propuse a Celine volver a Chile conmigo.

Cuando fui a despedirme de mi primo dijo que estaba loco. Me dio un beso en la mejilla y un abrazo. Salúdame a tus padres, me dijo.

No sé por qué pensé que podía tener una oportunidad volviendo a mi país, que Celine

sería algo parecido a un amuleto y como gringa en Chile iba a ser bien recibida. Celine estuvo de acuerdo. Algo le conté de lo difícil que era vivir en mi país, un país pobre, mal educado, a veces peligroso. Pero ella igual estuvo de acuerdo, y preparamos el viaje.

En Chile la noticia llenó a mis padres de alegría. No comprendían por qué dejaba abandonado un buen trabajo, pero eran tantas sus ganas de volver a verme que aplaudieron la iniciativa y me esperaron con ansias.

18

Cuando pisaron el territorio nacional era medio día y hacía tanto calor como cualquier día de febrero. El reencuentro fue emocionante, hubo besos y abrazos, llantos. Celine, como él lo había imaginado, fue muy bien recibida y desde el primer momento conquistó el corazón de la gente. Fue ella quien rápidamente encontró cómo ganarse la vida haciendo sus clases de yoga. No llevaba dos semanas en Chile cuando recibió la oferta de un Centro Cultural del barrio alto.

Aquellos constituían los primeros ingresos de la pareja y Marcelino se puso en campaña para intentar una vez más encontrar un trabajo. Cosa que hizo.

Todo está escrito y es producto de causas y condiciones. Nada sucede al azar en este universo perfecto. Un hombre puede verse un día pisoteado por las circunstancias y otro impulsado hacia el éxito. Las cosas cambian siempre, para mejor como dicen los optimistas, para peor como dicen los otros. Pero el mundo está siempre en movimiento. Los dados se tiran y vuelven a tirarse, en algún lado hay alguna puerta abierta. Nadie sufre para siempre. Nadie tampoco está contento todo el tiempo.

La pareja comenzó entonces con el pie derecho, y arrendaron una casa. Marcelino se sentía orgulloso de haberle ganado a la adversidad y empezó a trabajar con el mejor de los ánimos.

El trabajo era honesto, con contrato, la paga aceptable. Se trataba de administrar una botillería, un trabajo sencillo que se inicia a las diez de la mañana y termina pasadas las dos de la madrugada, donde conoció a muchos borrachos y aprendió a llevar el stock de licores, bebidas, cigarrillos y chicles.

Estuvo ahí contento por un tiempo, hasta que se aburrió de lidiar con delincuentes que en tres oportunidades intentaron asaltarlo. No pudo continuar y abandonó el trabajo por la violencia y el peligro que corría expuesto a la delincuencia. Así que los problemas volvieron a presentarse. El viejo fantasma de la cesantía volvía a perseguirlo.

Aunque esta vez él sabía como enfrentarlos haciendo algo que había aprendido en Europa y para lo cual poseía una destreza inigualable.

20

Hoy me conocen como el gringo, tal vez por mi mujer, o porque viví en el viejo continente. Tenemos un hijo, precioso.

Me dedico como antes a meter mis manos en los bolsillos de los pasajeros, la misma vieja cantinela, pero ahora aquí en el metro de Santiago.

Me va incluso mejor que en Europa.

Celine cree que trabajo en el centro, que por fin tengo una actividad estable, bien remunerada, segura, y que además me mantiene contento.

Soy afortunado.

Atrás quedaron los días de zozobra y desconcierto.

LA HISTORIA DE JULIAN

De mi madre no me acuerdo, dicen que murió al darme a luz, y que mi padre nunca pudo perdonarme. Tampoco me acuerdo de él porque, también según me dijeron, no soportó mucho la ausencia de mi madre y se ahorcó en su pieza con uno de esos cordeles que se usan para amarrar las vacas.

Yo tendría unos dos años y fueron entonces mis abuelos quienes se encargaron de mi crianza. Mis abuelos vivían en un pequeño pueblo en la pre cordillera, donde habían vivido siempre. Allí habían nacido, estudiado, trabajado, y se casaron después de un largo noviazgo. Mi madre nació en el mismo pueblo, pero mi padre era forastero. Llegó como profesor de la pequeña escuela donde estudiaban unos pocos alumnos, y allí conoció a quien le robaría el corazón cuando apenas tenía quince años, y él veinticinco. Me han contado mil veces esa historia de amor, pero yo la olvido o me confundo. Sé, eso sí, que todos querían a mi madre y el profesor fue primero tomado con recelo. A los dos les gustaba la lectura y eso los unió hasta que nació el romance. Cuando mi madre supo que estaba embarazada nadie hizo escándalo, porque mi padre le pidió enseguida matrimonio y ya en ese tiempo no era ninguna vergüenza que una

niña se acostara con un joven antes de ser casada. Mis abuelos también hicieron lo mismo.

Lo único fue que él era el profesor y ella la alumna y nadie imaginó que eso pudiera pasar entre ellos, pero pasó. Todos tomaron la noticia de mi futuro nacimiento como una verdadera bendición, aunque siete meses más tarde yo irrumpiría en este mundo cobrando la vida de mi joven progenitora.

Así que crecí con mis abuelos y fui a la misma escuela que mis padres. De pequeño fui delgado y de mechas tiesas, muy curioso y un poco enfermizo. Pero nada que mi abuela no pudiera mejorar. Ella conocía como ninguno los tratamientos con hierbas naturales, incluso ayudó a muchos en el pueblo; a quienes se lo solicitaban, porque era quitada de bulla y no quería hacer alarde de sus conocimientos.

De mi abuelo recuerdo que me llevaba a la escuela por las mañanas y me enseñó a jugar a las bolitas y andar a caballo. Era un viejo cariñoso y amable de quien mi madre había heredado su buen temperamento.

Yo heredé más del temperamento de mi padre. Me lo han repetido muchas veces quienes lo conocieron. Dicen que era conversador, impetuoso, y que por eso a veces explotaba dejando la embarrada.

Parecerá increíble pero no tengo ni una foto de ellos. Sus rostros, las formas de sus cuerpos me son completamente desconocidas. Tengo en mi

poder algunos libros que leían. Por quién doblan las campanas, de Ernest Hemingway, Crimen y castigo, de Fedor Dostoievski, y Coronación, de un tal José Donoso. No los he leído pero los guardo como un tesoro. En eso no salí a ninguno de ellos, porque me carga la lectura. Jamás he leído un libro, ni siquiera algo de la Biblia que mis abuelos comentaban cada día. Siempre lo encontré aburrido, muy fantasioso.

No soy bueno para los estudios, eso es un hecho. Por mucho que mis abuelos intentaron que terminara la secundaria no lo hice, tenía otros planes, y a los 16 años me fui de la casa a buscar nuevos rumbos, y dejé a mi abuela llorando.

Me fui a la ciudad donde primero dormí en las calles y comí de la basura, como un pordiosero. Varias veces me arrestaron por vagancia, pero como era joven y no hacía mal a nadie, me dejaban libre, y de nuevo con hambre. También viví un tiempo de las limosnas sentado en las gradas de una iglesia. El cura intentó cobijarme y hacer de mí su monaguillo, aunque no quise, yo no tenía nada que ver con esas payasadas y no estuve de acuerdo. Me iba bien con las limosnas.

A los 18 años me agarraron del ejército y no me soltaron. Estuve un año completo haciendo el servicio militar en el regimiento. Allí aprendí a disparar, a obedecer órdenes y comí todos los días. Allí supe también de la existencia de homosexuales que se camuflaban entre sus filas. Cierta vez uno trató de sobrepasarse y yo le saqué

la cresta. Cuando me llamó mi sargento le dije que yo era bien hombrecito, y eso fue todo. Creo que comprendió porque no me dijo nada y me mandó a desaparecer de su vista. Después me soltaron y volví a la calle a dormir junto a los perros en las plazas, debajo de un árbol.

Con el tiempo me vinieron ganas de visitar a mis abuelos y me dirigí de vuelta al pueblo. Ninguno de ellos estaba, los dos se habían muerto, ella primero y después mi abuelo, igual que mis padres, y me habían dejado en herencia sus cosas, su casa. Así, sin haberle trabajado un peso a nadie, me convertía en propietario.

De mis abuelos si que guardo una antigua foto donde los dos salen abrazados. A veces la miro y me acuerdo y me da pena.

Entonces conocí a la Julieta, una niña que iba a la escuela con chapes y calcetines blancos hasta las rodillas. A pesar de su corta edad la Julieta era terriblemente coqueta y desde el primer día que nos vimos parece que le gusté y me echó el ojo porque me sonreía y hacía mimos cuando nos topábamos, que era casi todos los días.

Era hija de una viuda flaca y alta que trabajaba como costurera y que había llegado al pueblo hace algunos años. De su marido no se conocía nada, pero la Julieta me contó que había muerto.

A ella también, al igual que mis padres, le gustaba la lectura, y como nos hicimos amigos siempre intentaba que le pusiera atención mientras leía en voz alta. Le gustaban los poemas de Neruda y soñaba.

Yo jamás había tenido una mujer y como ella iba a mi casa, y a veces hasta me cocinaba, un día la tiré sobre la cama y pasó lo que tenía que pasar. Creo que nos enamoramos. Yo quería que se mudara conmigo pero su madre no estuvo de acuerdo e intentó por todos los medios separarnos, aunque no pudo, porque seguimos viéndonos, casi todos los días del año. Lloviera o tronara yo la esperaba con la chimenea encendida y ella, apenas ponía un pie en la casa se quitaba la ropa y nos encamábamos.

Así pasaron algunos años. Yo me las arreglaba plantando algunas verduras y hortalizas y teniendo unas gallinas que me daban huevos frescos. La Julieta traía de su casa el pan y la leche. Fueron tiempos felices.

Pero como todo el mundo cambia, la Julieta también quiso un día salir a conocer más mundo y simplemente se fue, sin decirme nada ni hacerle caso a su madre que se lo había estrictamente prohibido, advirtiéndole de los peligros que existían para una mujer sola en un mundo de hombres.

Casi me volví loco y en vano esperé que volviera. No volvió, así que salí a buscarla.

Seguí la misma ruta de antes y llegué a la misma ciudad que conocía. La busqué por todas partes pero no pude encontrarla. Llegué a temer lo peor, pero nunca perdí la esperanza. La echaba tanto de menos que a duras penas podía lidiar con mis sentimientos. Incluso fui a la iglesia y le rogué a Dios que me ayudara a encontrarla. Pero nada.

El tiempo siguió pasando y tuve que aceptar algunos trabajos para no morir de hambre. Casi siempre de pioneta o encargado de los repartos. Eso me mantenía en movimiento y podía continuar buscando a mi Julieta.

Cuando llegó el verano escuché de labios de un forastero hablar de una mujer joven que volvía locos a los hombres en un pueblo distante unos kilómetros. No precisó porqué los volvía locos, pero al describirla creí reconocer a mi Julieta. El corazón casi se me salió del pecho y sin demora me dirigí hacia ese pueblo a ver si era cierto que era ella.

Pregunté y la encontré convertida en una puta de labios y uñas pintadas, vestidos largos y collares de fantasía. Una puta a la que los hombres solicitaban haciendo cola para obtener sus favores, favores que algunos describían con tanto entusiasmo que en un principio creí me equivocaba de persona.

De buenas a primeras no supe qué hacer, debo confesarlo. El golpe fue grande, grandísimo. El solo hecho de comprobar que era cierto, que era ella, me llenó los ojos de lágrimas. Primero pensé en obligarla a regresar conmigo. Luego idee como convencerla de que lo hiciera. Tenía la esperanza que sintiera algo por mí, como antes. Pero simplemente no resistí cuando estuve frente a esa Julieta tan cambiada. Me acuerdo que cuando me tocó el turno entré a esa pieza donde la vi tirada medio desnuda, con los senos al aire y las piernas abiertas y al acercarme ni siquiera me reconoció de lo borracha que estaba.

Entonces saqué un cuchillo que tenía y con tanta rabia como dolor se lo enterré varias veces en el cuerpo, hasta que unos hombres me detuvieron atraídos por sus gritos horribles.

De nada vale ahora que diga que no supe por qué lo hice, porque siempre lo supe. Sucedió que al estar allí, viéndola en esa pieza de cortinas con encajes y lámparas a media luz, borracha y tendida así sobre esa cama, afloró de lo más profundo de mí ser el temperamento heredado de mi padre y no pude soportarlo.

Esta es mi loca y mísera historia, que consigno en estas líneas antes de que me ejecuten. El señor cura ha venido a darme la extremaunción, como corresponde, y yo solo le he pedido que por favor coloque, de mi parte, algunas flores sobre su tumba.

CUANDO QUISE ACLARARLO

Cuando quise aclararlo ya era tarde, mi mujer había partido llorando. Se bajó como una loca del auto dejándome con las palabras en los labios.

No hice ningún esfuerzo por alcanzarla y la dejé ir. Después de todo, la relación ya iba mal desde hacía tiempo, y no había caso. Cuando las cosas pasan, pasan. De eso soy un convencido y no iba ahora a enfrentarme con lo inevitable.

Nos casamos muy jóvenes, luego de un muy corto noviazgo. En realidad, si lo pensamos bien, no tuvimos tiempo de conocernos. El día en que nos encontramos nos miramos a los ojos y, desde entonces, no nos separamos. Después los hijos vinieron demasiado pronto, uno tras otro: cinco.

De todas formas fuimos felices, no podríamos decir lo contrario. Tuvimos buenos tiempos.

Éramos una familia como muchas, con un perro, vacacionando juntos, celebrando los cumpleaños, yendo de camping y haciendo planes sobre el futuro frente al fuego de la chimenea.

Mi mujer fue siempre una buena madre. Sus hijos la adoran. También una buena esposa. En realidad y para ser sincero durante mucho tiempo no tuve

de qué quejarme. Todo parecía ir viento en popa, incluso no faltaron quienes decían que éramos la pareja perfecta, el matrimonio modelo.

Pero en realidad las cosas se fueron echando a perder paulatinamente, con pequeños roces, desencuentros, odiosidades imperceptibles que fueron floreciendo aquí y allá, poco a poco, casi sin darnos cuenta.

Al final el cariño se fue marchitando y cada uno comenzó a sentirse en una cárcel, prisionero de una relación que, a todas luces, y como un rayo, se iba convirtiendo en una relación tormentosa.

No es fácil romper con una vida llena de costumbres y ataduras, por lo que comenzamos a vivir tratando de soportarnos, evitando el choque directo, haciendo el inútil intento de reparar lo irreparable, aquello que los dos sabíamos estaba haciendo agua y se hundiría en cualquier momento.

Así durante años practicamos una política de acuerdos con un éxito considerable. Respetándonos y guardando las apariencias, incapaces los dos de distanciarnos e iniciar vidas independientes. Seguimos celebrando los aniversarios de matrimonio, esperando los nietos e invitando a los amigos como si fuéramos un matrimonio normal, convencidos, seguros cada uno de que esto era lo mejor, según las circunstancias. Fue un arreglo perfecto que privilegiaba la sensatez y las buenas costumbres.

Todo bien, hasta aquel día en que se me ocurrió proponerle que nos volviéramos a casar y recomenzáramos todo, volviendo a ser como

en nuestros mejores tiempos, desafiando lo imposible.

No sé qué locura me vino. Lo cierto es que ella no lo entendió: Se puso roja. Nunca la había visto tan contrariada. Me gritó que me fuera a la mierda, hizo un gesto de desprecio y se puso a temblar y después a llorar.

Ahí fue cuando, de pronto, se bajó del auto en pleno movimiento.

No me dio tiempo para decirle que era solo una broma, para que nos riéramos.

¿Qué habrá pensado? Si yo tampoco me atrevería a pasar otra vez por lo mismo.

¡Dios nos libre!

LA HIJA DE LA EMPLEADA

Muchas veces nos besamos en secreto, detrás de las puertas, temiendo que alguien nos descubriera, pero disfrutando los besos. No teníamos más de trece años. Yo era el niño de la casa y ella, la hija de la empleada. Me volvían loco sus ojos azules, que según decían había heredado de su padre, porque su madre tenía las facciones de una mujer del pueblo: morena, ojos cafés y el pelo tieso.

Cuando mis padres sospecharon que algo ocurría entre nosotros me llamaron la atención y desde entonces tuvimos que tener más cuidado.

Los besos eran apasionados, como los de las películas, y nos hacían soñar.

A veces ella me tomaba la mano y llevaba al cuarto de la despensa donde nos besábamos a oscuras. Otras veces yo la convencía de tendernos sobre un viejo colchón tirado en la bodega, y nos agarrábamos a besos.

Conforme fueron pasando los años fuimos creciendo. Yo iba a un colegio particular y ella a un liceo público. Pero seguimos encontrándonos como si estuviéramos hechos el uno para el otro. A veces le ayudaba a hacer sus tareas y mis padres no decían nada. Su madre tampoco.

Eso sí que ya no podíamos jugar como antes, así que nuestros encuentros amorosos se hicieron

más esporádicos. Aunque nos veíamos igual. Ahora podíamos encontrarnos fuera de la casa, camino al colegio, evitando siempre que los demás nos vieran, como si lo nuestro fuera algo prohibido. La gente podía decir algo malo porque para ellos no éramos iguales.

De los besos pasamos a hacer el amor donde pudiéramos, entregándonos con pasión, sobre mi cama cuando mis padres no estaban, o en el mismo colchón viejo de antes cuando necesitábamos escondernos.

Su corazón era mío. El mío, suyo.

Pero mi madre se aburrió de los servicios de su madre y un día las echó a la calle. Creo que ése fue el día más triste de nuestras vidas porque apenas hubo tiempo para despedirnos. Y la vi partir esa mañana con su madre hacia un destino desconocido.

Desde entonces dejamos de vernos. En vano esperé que diera señales de vida, me buscara o llamara por teléfono. Yo no sabía dónde encontrarla.

Eché mucho de menos sus ojos azules y su piel suave como la seda. Sus besos ardientes, el perfume que usaba.

Y el tiempo pasó. Fui a la universidad y me gradué de abogado, como mi padre. Tuve varias mujeres, me compré un auto y junto a unos amigos nos instalamos con un estudio en el centro de Santiago. Me comenzó a ir bien, hice mi pequeña fortuna.

Pero nunca, en todo ese tiempo, pude olvidarla. Cuando hacía el amor a una mujer, era a ella a

quien lo hacía. A veces aparecía en mis sueños y nos escondíamos para besarnos. Sus ojos azules estaban clavados en mi memoria.

Después conocí a quien es ahora mi mujer. Nos casamos, compramos una casa y tuvimos dos hijos.

Demasiado ocupada con su profesión de arquitecto mi esposa apenas tenía tiempo para nuestros retoños. Aquello nos valió no pocas discusiones, hasta que finalmente decidimos contratar una empleada para que se ocupara de los niños.

Ella no quería cualquier empleada, después de todo eran sus hijos y no iba a dejarlos con cualquiera. Por lo general estas empleadas son tan rotas y mal encachadas, sentenció.

Buscó con paciencia y un día me comentó que había encontrado la indicada. Una mujer que, según ella, ni siquiera tenía la pinta de una sirvienta, que era increíble, tan diferente a todas las otras domésticas que conocía. Hasta tiene los ojos azules, me dijo, no podrás creerlo cuando la veas, me he sacado la lotería.

Y al verla, al verla, tuve que retenerme para no abrazarla, para no llenarla de todos esos besos que le tenía guardados. Estuve de acuerdo de inmediato, la contratamos ese mismo día y comenzó a trabajar en nuestra casa.

EL JUGADOR

La bolita corría por el resalte de madera de la ruleta mientras los jugadores se apresuraban en hacer sus apuestas. Marcos depositó varias de sus fichas moradas de cinco mil pesos sobre el número rojo, 23, y antes que el croupier cerrara las posturas puso una ficha más en medio del 5 y el 8, como una última tincada, por sí acaso.

La bolita disminuyó su velocidad y comenzó a rodar cada vez más lento en sentido contrario de la rueda, hasta que finalmente se detuvo.

—Negro el trece, dijo el croupier, y puso una pequeña marca en forma de cilindro transparente sobre el número ganador.

No hubo ganadores y, sin demora, todas las fichas apostadas fueron retiradas de la mesa.

La casa gana, se dijo Marcos, y dando una piteada a su cigarrillo, sin esperar más tiempo, ansioso, volvió a intentar su suerte poniendo nuevas fichas sobre el tapete.

Esta vez dividió sus apuestas, puso dos fichas sobre el negro 6, otras sobre el rojo 36, sobre el rojo 14 y el 25. Finalmente cruzó los dedos y se encomendó al cielo.

A su lado una mujer jugaba apostando cantidades impresionantes de fichas siempre sobre el mismo número, el negro 17. Ya había perdido varias veces, pero ella persistía en su intento.

–Es que el número no ha salido en toda la noche, decía, aferrándose a su esperanza.

Marcos volvió a fumar mientras la bolita comenzaba de nuevo su carrera definitiva girando sobre el resalte de madera. La bolita saltó de número en número hasta que se detuvo en el 0.

Marcos se rascó la barbilla, nervioso, y otra vez vio como las fichas perdedoras eran retiradas de la mesa arrastrándolas hacia un costado de ella para ser reordenadas. De nuevo la casa gana.

–Así es la suerte, dijo la mujer, sin siquiera mirarlo, pero el que la sigue la consigue, agregó, dándose ánimo, y apostó de nuevo al 17.

A él le quedaban muy pocas fichas y en un arranque efusivo decidió ponerlas todas sobre las torres de fichas amarillas levantadas sobre el paño por la mujer.

Era el todo o nada. Si ganaba, perfecto, pero si no, ya era suficiente de pérdidas, tenía que poner un límite. Por mucho que el juego disparara su adrenalina haciéndole sentir vivo debía preservar su integridad presupuestaria, sino después lo lamentaría. Así que era su última oportunidad. Si la mujer lo había intentado tantas veces sin lograrlo, a lo mejor este sería su turno, el golpe de suerte, y el suyo que había decidido seguirla.

“El que la sigue la consigue”, había dicho ella. Y tal vez era cierto.

El tapete se llenó de fichas de todos los colores y de nuevo el croupier dio por terminadas las apuestas e hizo rodar la bolita sobre la ruleta.

La expectación era evidente. Esos son los momentos que los jugadores buscan. Marcos

volvió a dar una piteada a su cigarrillo y expulsó el humo con fuerza.

De pronto se escuchó un grito de victoria y aplausos desde otra mesa. Alguien celebraba su éxito causando tal barullo que atraía a la gente.

La mujer y Marcos se distrajeron por un segundo, pero enseguida volvieron a concentrarse y prestar atención al tic tac de la bolita de teflón corriendo sobre el rebalse de madera buscando una casilla en la rueda que giraba deteniéndose.

–Negro el 17, dijo el croupier.

–Lo sabía, dijo la mujer, tranquila, sin agitarse.

Marcos, sin embargo, rebozaba de contento, no podía creerlo, su corazonada había tenido éxito, y todo gracias a su inesperado arrojito. Apagó la colilla masacrándola en el cenicero y casi saltó de alegría al ver la cantidad de fichas que recibía como premio.

–Gané, dijo, satisfecho.

Era toda una fortuna que llegaba de sorpresa a sus bolsillos.

–Esta es mi noche, sin duda, pensó. Así que encendió otro cigarrillo antes de mirar con más atención a su compañera de mesa y de juego.

Ella tenía unos cuarenta años, el pelo teñido rubio, algunos anillos y una gruesa pulsera brillante en su muñeca. Lucía un vestido rojo ceñido al cuerpo y sus movimientos eran calmos, pausados, elegantes.

–Usted me dio buena suerte, le dijo Marcos, y ella esbozó una sonrisa de buenos modales

mientras ordenaba sus fichas preparándose para seguir apostando.

–Tenía razón, el que la sigue la consigue, agregó Marcos, pero ella no reaccionó a su comentario y continuó concentrada en el tapete de juego haciendo sus apuestas.

Él no insistió, pero la siguió observando, mientras la mujer estiraba sus brazos para alcanzar a colocar sus fichas sobre los números más distantes del tablero. Y no alcanzó a apostar porque cuando se dispuso a hacerlo el croupier ya suspendía las apuestas y sus fichas fueron rechazadas.

–Rojo el 36, voceó el croupier, y casi todos perdieron, salvo un joven tímido que jugaba muy pocas fichas y había puesto una sobre la última línea.

–No hubo suerte, le dijo a la mujer, esperando una respuesta, y ella le respondió moviendo la cabeza de lado a lado. Enseguida la mujer pareció hacer un alto en su juego y se dejó caer sobre una de las estrechas sillas que estaban a disposición de los jugadores alrededor de las mesas, para decirle:

–Siga mi consejo, usted debería agarrar sus fichas ahora que va ganando y retirarse.

Marcos la miró directo a los ojos pero no dijo nada. Luego la mujer volvió a concentrarse en su juego y colocó una veintena de fichas sobre el número 7.

Salió el 27 y el único que ganó fue de nuevo el mismo joven tímido y cauteloso que había puesto una única ficha sobre la línea. Todas las otras fichas fueron recuperadas por el croupier.

Entonces tomó sus fichas y decidió ausentarse por un momento para dar una vuelta por las otras mesas. El casino, lujoso y bien iluminado, estaba atestado de gente; así habían mesas de juego vacías y otras repletas como si solo algunas favorecieran la suerte.

No quiso jugar en ninguna de ellas, sintiendo que en la única mesa que podía ganar era en la que ya había tentado a la suerte y ganado. Así que volvió a ocupar su lugar junto a la mujer que seguía apostando al número 7 y, por el momento, perdiendo.

—No me hizo caso, le dijo ella.

—Volví para seguirla. El que la sigue la consigue, usted misma lo dijo, respondió él.

Ella sonrió sin mucha convicción y siguió apostando.

A Marcos le picaban las palmas de sus manos por seguir jugando. Se sentía un ganador y estaba seguro que seguiría siéndolo. Vio como la mujer levantaba sus torres de fichas amarillas sobre el número 7 y decidió imitarla.

La bolita giró nuevamente por el rebalse de madera, en sentido contrario del plato de la ruleta, y después de varias vueltas finalmente se detuvo sobre el número 7.

Rojo el siete, dijo el croupier y Marcos sintió una satisfacción profunda. Estaba tan satisfecho que cuando recibió su pago regaló varias fichas para los profesionales, cosa que nunca había hecho.

La mujer volvió a sonreírle.

De ahí en adelante Marcos se entregó a la

fortuna subiendo el monto de sus apuestas. Empezó a construir sus propias torres de fichas sobre varios números esparcidos en el tapete e, impajaritadamente, una tras otra, perdió todas sus apuestas.

Después de cinco o seis juegos perdidos vio como el número de sus fichas mermaba casi a la mitad, pero lejos de desanimarse no disminuyó en su empeño, sino que decidió al igual que su compañera, elegir un único número y seguirlo. El elegido fue el número 23, rojo, el día de cumpleaños de su padre.

La mujer que acababa de ganar nuevamente se le quedó mirando y le dijo:

–Hágame caso, retírese, todavía está a tiempo.

Pero Marcos estaba enviado y no quería escucharla. ¿Por qué hacerlo, si había llegado al casino con \$100.000 y ganado más de veinte veces aquella suma? Esta era su noche. Poco le importaban los consejos. Tenía la intención firme de abandonar ese recinto con los bolsillos llenos de dinero, cosa que a sus ojos era perfectamente posible.

No entendía por qué la mujer le aconsejaba tal cosa cuando ella misma había dicho que quien la sigue la consigue.

Tomó la mitad de sus fichas, las puso sobre el número 23 y esperó a que la suerte le mostrara su cara.

Salió el número 12, pero no se amilanó, tomó otras fichas y volvió a ponerlas sobre el mismo número.

Esta vez la mujer puso sus fichas amarillas sobre las suyas lo que le dio un optimismo inesperado.

El que la sigue la consigue, se repitió en silencio y encendió otro cigarrillo para esperar el desenlace. La suerte iba a sonreírle, estaba seguro. Sino en este juego, en el otro.

El seis negro volvió a repetirse por tercera vez en la noche. Hubo un solo ganador, un recién llegado que había puesto una ficha sobre el número en último momento.

Sorpresivamente la mujer anunció su retiro y tomando sus fichas le dijo:

–Me voy, y usted debería hacer lo mismo. Luego se fue para desaparecer entre las máquinas de juego.

Marcos, sin embargo, no estaba dispuesto a renunciar y siguió apostando al 23, pero sin suerte, hasta que le quedaron un poco más que las fichas de un principio.

Por un minuto pensó en abandonar y volver a su casa con los mismos \$100.000. Tal vez, después de todo eso sería lo más prudente. Pero el bichito del juego no lo abandonó y decidido continuó tentando su suerte.

–De nuevo el todo o nada, se dijo, y puso todas las fichas sobre el 23 rojo.

La bolita giró nuevamente en el sentido contrario de la rueda. A Marcos le pareció que tardaba demasiado en detenerse. Alcanzó a encender un cigarrillo mientras escuchó la bolita rebotando entre los números de la ruleta, hasta que escuchó la voz del croupier anunciando el ganador:

–Negro el 17, voceó el croupier, y Marcos sintió que le temblaban las piernas.

Sin permitirse ningún sentimiento que pudiera haberlo bloqueado, en forma automática metió su

mano en la chaqueta para sacar de su billetera dos billetes de \$20.000 con los que compró más fichas y, antes del cierre de las apuestas, se apresuró a apostarlas todas de un solo golpe. Eso sí, dejándose llevar por un nuevo presentimiento, abandonó el 23 y decidió apostar al 13 negro, número cabalístico.

Nervioso, no podía evitarlo, compartió su ansiedad con otro jugador que apostó sobre su ficha. Cerró los ojos y se encomendó de nuevo al cielo con todas sus fuerzas.

–Sería bonito ganarle al destino y doblarle la mano a la suerte, se dijo, luego se puso a repetir mentalmente el número trece, trece, trece. Cruzó los dedos a su espalda.

La bolita corrió por entre los números de la ruleta, esta vez demasiado rápido para Marcos que no terminaba de soñar cuando el croupier anunciaba con su voz ronca el número ganador: rojo el 23.

EL PERICO

Comprar marihuana en Chile cuesta un mundo y si a uno le gusta fumarla tiene que aventurarse por las poblaciones corriendo el riesgo de salir perjudicado, por la policía o por los mismos traficantes. Además, el precio que ya está por las nubes continúa subiendo debido a una simple ecuación; escasez por un lado y viciosos por el otro. Estos últimos siempre dispuestos a pagar cualquier cosa por fumarse unos pitos, aunque la calidad del producto no esté nunca asegurada.

El perico, como quiere que lo llamen, conoce bien el negocio y lo explota. Lleva años vendiendo paquetitos de luca sin haber tenido nunca un problema, salvo el de entrar por un poco tiempo en cana y después salir como si nada.

Tiene clientes de todas las clases sociales, pobres y ricos, que se cruzan los fines de semana frente a la puerta de su casa.

El negocio es bueno, deja su margen, incluso después de repartir la parte de los policías involucrados que forman su estrecho círculo de protección.

Con las ganancias se alimenta y viste e incluso le alcanza para darse unos gustos: la ropa de marca.

No le importa que los vecinos lo tilden de traficante y no les sea simpático. Con que se

queden callados y no se metan en sus asuntos le basta.

Esa noche, víspera de fiestas patrias, esperaba tener una buena venta y había hecho unos paquetitos de dos, cinco y diez lucas, seguro que los vendería todos.

Cuando dieron las seis de la tarde llegaron sus amigos tiras a saludarlo.

Le desearon pasar unas buenas fiestas y después se fueron. No era necesario nada más, el mensaje era bien claro, y el perico apretando los dientes de rabia, pero resignado, sabía que no podía olvidar dejar de lado una parte de las ganancias para sus amigos detectives.

Cayendo la noche comenzó el desfile de ansiosos consumidores, la mayoría ya conocidos, aunque no le importaba venderle a cualquiera.

Los paquetes de dos lucas se fueron primero y durante toda la noche debió preparar más de los mismos debido a la demanda. Salieron también algunos de cinco lucas, pero pocos.

Así se pasó la noche atendiendo la clientela sin parar, jóvenes marginales, ejecutivos de incógnita y taxis con encargos de terceros, toda una fauna de ansiosos consumidores.

Al otro día los billetes llenaban sus bolsillos y lo vencía el sueño. Así que se tendió sobre la cama y no respondió al llamado de algunos consumidores rezagados. Le quedaba un poco de macoña pero eso no le inquietaba pues sabía que la vendería toda.

Como a las diez de la mañana golpearon a su puerta con insistencia y tuvo que levantarse echando maldiciones.

–Qué cresta querís a esta hora huevón, ya no queda nada, gritó.

Pero siguieron golpeando así que abrió la puerta.

Allí estaba el Jhony, su primo, temblando.

–Y ¿qué tenis vos, qué te pasa? Le gritó zamarreándolo, intentando calmarlo.

–Los Garcia vienen para acá. Juraron matarte, no quieren más competencia, la quieren toda pa’ ellos. Son cinco hermanos, todos armados. Ellos mismos me enviaron a avisarte. Tenís que arrancarte.

–Jamás, dijo el perico, que vengan, aquí los estaré esperando, voy por el fierro, entra.

Se mojó la cara y el sueño se le quitó de un solo golpe. Se puso el revólver a la cintura; por si acaso escondió la plata y la hierba y empezó a otear por la ventana hacia fuera.

Su primo el Jhony estaba sentado inmóvil y como pensó que no lo iba a ayudar en nada, al contrario, le pidió que se fuera. Este lo abrazó y después salió corriendo.

El perico se atrincheró en su casa y puso la radio a todo volumen, esperando.

–Hijos de puta, pensó, si quieren cueca, vengan a bailarla conmigo, aquí los espero.

En eso apareció un cliente medio mareado y el perico le gritó que mejor se hiciera humo porque las cosas se iban a poner brígidias, y le regaló un paquete de dos lucas. No supo porqué lo hizo, pero lo hizo.

Encendió un cigarrillo y pensó en que le debería haber pasado la plata y la hierba a su primo.

La gente del barrio presintiendo lo que venía se encerró con los niños y miraba también por las ventanas.

Finalmente llegaron los Garcia, se pararon todos en fila frente a su casa apuntándole y abrieron fuego. Adentro el perico sintió como las balas rompían los vidrios y zumbaban sobre su cabeza.

La radio enmudeció de pronto víctima de las balas. El hizo también algunos disparos.

—No te queremos más en el negocio, gritaron los de afuera. La población de ahora en adelante es solo nuestra. Si querís vende por Internet pero no en nuestro territorio, le dijeron y rieron mientras seguían disparando. Hasta que se les acabaron las balas y se pusieron a recargar allí en medio de la calle.

—Nosotros somos los Garcia y la llevamos, gritaron.

Pero de pronto aparecieron los amigos del perico que venían a buscar su tajada y al verlos los Garcia corrieron.

Uno cayó herido ahí mismo víctima del disparo de un funcionario. Sus hermanos lo tomaron en andas y lo arrastraron.

La calle se volvió silenciosa como una tumba y alguien gritó de repente:

—Perico ¿Estay vivo?

El perico salió de su escondite debajo de la cama donde se había guarnecido de la balacera. Dejó el fierro y, creyendo que eran los pacos, salió con las manos en alto.

—¿Y a vos, qué te pasa?, le preguntó un detective,

vinimos por nuestra mesada, bromeó con un compañero.

Les pasó la plata y se fueron.

El negocio sin duda tiene sus bemoles, se dijo.

–Y ustedes qué miran, –increpó a los vecinos.

Todavía le quedaba hierba para atender a su clientela y, sino, sabía donde encontrarla.

No pensaba en cambiar de barrio ni de oficio. Lo que pensó fue en hacerle una visita a los Garcia acompañado de unos sicarios.

No podían haberle declarado la guerra y salirse como si nada. Ya había caído uno, pronto caerían sus hermanos.

–Conmigo no se juega, dijo, –mientras encendía un cigarrillo-, yo tengo muchos amigos.

En ese momento apareció otro cliente despistado y le compró un paquete de los más grandes.

–No voy a bajar nunca la cortina, se repitió en voz alta, mientras hacía el negocio y se guardaba la platita en el bolsillo a la vista de todos los vecinos, sin importarle.

Eso le gustaba, aparecer como el bravo del barrio y cuidar así sus intereses, aquella bendita venta de canabis que le proveía el sustento y la prosperidad sin mucho esfuerzo; aquellas hermosas zapatillas Adidas que había comprado en Falabella con su tarjeta de crédito.

EL FLACO MANUEL

A nadie le extrañó que el flaco Manuel se muriera. La falta de plata y el exceso de alcohol, las deudas, la soledad, el abandono y las noticias de la tele, terminaron por matarlo. Eso se venía venir porque el flaco Manuel tenía un carácter endemoniado y no se andaba con cuentos. Muchas veces le dijimos que no hiciera eso de “cagarse en la puta vida”, como él lo llamaba, inyectándose todo el alcohol que pudiera en sus venas. Pero para él esto era algo habitual, mitigar de ese modo las penas del mundo, esas atrocidades que veía diariamente en los noticiarios.

Era un tipo educado, que formaba parte de una familia de recursos, pero a la que había abandonado por huevones, según nos dijo. Un día, a sus 17 años, simplemente partió de su casa para no regresar jamás. Comentó que aquello era lo mejor que le había pasado.

Lo mató el desencanto, la miseria, la situación actual del planeta y la humanidad. Pero sobre todo fue el vino, el vino que lo coció por dentro y a quien adoraba como si fuera un dios.

A este no pudo ganarle la batalla y por eso se murió, pasado a vino tinto, el único que bebía, de la mañana a la noche, sin parar.

A veces bebía solo y otras con amigos, pero

tomaba y tomaba para escupirle al mundo su desaprobación de cómo iban las cosas. Por ejemplo, siempre fue un crítico acerbo de la política y los políticos y sobre ellos tenía las ideas muy claras porque cuando joven militó en un partido. Las cosas que contaba sobre estos; decía que los políticos le daban asco y que harían mejor tomarse un vaso de vino que andar haciendo las huevadas que hacían para complicarles la vida a las personas.

El flaco Manuel era todo un personaje, es cierto. La gente lo quería, la gente como él y también la otra, la sobria, la cuerda, la sana.

No dejó herederos para que pudieran recibir sus pertenencias, las que se reducían a unas cuantas hojas repletas de poemas y pensamientos escritos con letra muy pequeña, a veces manchadas con vino o quemadas en parte, porque cuando escribía poemas también les prendía fuego si quedaba descontento con lo escrito. De ese modo ejercía censura sobre sí mismo con un rigor implacable. Persegua la perfección y no la encontraba, así que bebía.

Una vez conocimos a una hermana que después de intentar rescatarlo, según ella, desistió y terminó mandándolo a la mierda. Dijo que si seguía preocupándose por él iba a volverse loca. No volvimos a verla y el flaco Manuel nunca la echó de menos.

Así era él, un poco excéntrico a veces, pero un ser digno, aunque estuviera vomitado y sucio que daba asco. Igual tenía una dignidad que otros se quisieran. Cuando se arreglaba parecía un dandi.

A mí me dio pena que se muriera. Pero al menos murió en paz, ebrio como a él le gustaba, en su casa, en su cama.

Se nos fue el Flaco Manuel y ya no va a estar más para hacer el habitual saludo matutino con vino. Lo vamos a extrañar. Se murió, Y eso es todo. Nosotros aquí seguimos tomando (siguiéndole la pista) para recordarlo, esté donde esté, por si donde está no tiene una botella de vino.

¡Salud, amigo Manuel! ¡HIP! Que Dios lo bendiga.

LA CONQUISTA

Me quiero acostar contigo, le dijo ella. A lo que él respondió dando un paso atrás. No tan rápido, quiso decirle, vamos despacio, si apenas te conozco. Pero ella insistió y trató de abrazarlo, sin éxito. Él volvió a hacerse un lado, rechazándola.

Ella quedó sorprendida, pero excitada como estaba quiso continuar y volver a la carga. El deseo era su dueño. Él, la presa.

Quiero ser tuya, le dijo, esta vez al oído, con el tono más femenino de su voz aguda y sensual, casi pura hembra, con la intención declarada de poseerlo.

El único problema era que él parecía no estar disponible. Un caso perdido. Para cualquiera, salvo tal vez para ella, se dijo. No acostumbraba soltar tan fácilmente a su presa. Él no lo sabía, pero sería suyo. Era cuestión de tiempo. Entonces le tomó la mano y, contra todo lo esperado, él no se resistió.

De nuevo ella quedó sorprendida, esta vez gratamente. Al final terminó extasiándose con el solo pensamiento de su victoria y, mientras lo hacía, ya casi podía sentir su aliento en el rostro. Era algo inminente.

Pero de repente él le soltó la mano y todo cambió. De nuevo ese abismo entre ellos, ese frío. Él la miró directo a los ojos y con su dedo índice le dijo que no, que no quería.

Ella no pudo creerlo. Le habría entregado su alma y su cuerpo, todo su cuerpo, por supuesto. Cualquiera otro hubiese querido tomarla por la cintura y apretarla contra sí. Cualquiera querría sentir sus pezones duros apretados contra su pecho.

Entonces ella echó un pie atrás y tomó distancia. Si no quiere no quiere, se dijo. Aunque decidió quemar sus últimos cartuchos, agotar sus encantos, jugársela el todo por el todo. Conocía a los hombres, que son todos unos frescos. Estaba segura.

Él se quiso ir. Ella lo detuvo.

Basta de tonterías, lo increpó, y tomando otra vez su mano la puso sobre uno de sus pechos. Con la otra mano le agarró su sexo.

El hombre primero la apartó, pero luego la tomó por la cintura y la besó en el cuello, en los labios, como un loco, como ella quería.

Los hombres son todos iguales, pensó.

Ahora él era suyo, uno más para su colección y su prestigio de hembra ardiente y desinhibida. Era la conquista del día, como todos los días, un trofeo. Otro hombre al pecho y una nueva aventura. Un orgullo para su sexo y un desagravio para todas las mujeres. Por eso, estaba en la gloria. Se sentía magnífica.

CON POCAS PALABRAS

Después de todo, dijo Nancy, contar una historia no debe ser algo muy difícil, y apurando el tranco se dirigió decidida hasta su casa donde la esperaba su marido. Cuando faltaban pocas cuadras para llegar, Nancy, súbitamente, comenzó a disminuir la velocidad de sus pasos y su cabeza se llenó de dudas.

¿Y si la historia no resulta verosímil?, ¿Si se contradice en algo?, ¿Sino soy lo suficientemente buena para mentir?

Se detuvo entonces y sintió en el cuerpo un escalofrío que la recorrió desde la cabeza hasta la punta de los pies. Pero sacó fuerza de flaqueza y continuó.

En la ventana de su dormitorio había luz, lo que significaba que él la esperaba despierto.

Le sudaron las palmas de las manos.

Abrió la puerta de su casa, entró, y la volvió a cerrar, tratando de hacer el menor ruido posible. Pero al dar unos pasos tropezó con un bulto que hizo un gran barullo antes de que lograra encender la luz.

Cuando pudo ver se dio cuenta que el bulto era una maleta que en el interior contenía su ropa y otras pertenencias.

De nuevo sintió el escalofrío que, esta vez, la paralizó.

Acto seguido, como si fuera un autómata, sin decir una palabra, tomó la maleta, apagó la luz, abrió la puerta y salió a la noche oscura desde donde vio apagarse la luz de su habitación.

LA CARTA

Alicia le escribe una carta a Roberto para confesarle algunas cosas que nunca se atrevió a contarle.

Le dice que lo ama como ninguna mujer ha sido ni será capaz de hacerlo y ahora que está lejos se atreve a revelar aquel secreto de su corazón.

No le pide nada, solo le escribe porque tiene ganas de hacerlo y quiere que sepa que cada gesto suyo fue atesorado por ella con devoción.

Ni siquiera está segura de si Roberto recibirá un día la carta, pero no se puede quedar sin escribirla, como se quedó amándolo desde las sombras.

No es necesario que responda, porque comprende que el amor no siempre es correspondido, que a veces no es más que una fuente de sufrimiento y desdicha, como en su caso.

Al menos escribir estas líneas le aligera un poco la existencia, sabiendo que él se va a enterar de lo que no fue capaz de decirle estando presente.

Lo mejor –piensa–, es una carta con lágrimas de amor, perfumada y bien escrita para confesar un secreto que, tal vez, él ni siquiera sospecha.

Le dice que jamás amó a otro hombre, que sus miradas la hacían sentir cosas indecibles y que rogaba a Dios por encontrarlo cada día a la entrada del edificio donde se pasaba horas esperándolo.

–Roberto –le escribe-, no imaginas cómo alguien a quien apenas conociste ha podido soñar contigo cada noche y despertar todas las mañanas con tu nombre en los labios.

Te convertiste sin saber en el ídolo de una mujer que te miraba llena de deseo cuando tú la saludabas o simplemente pasaste por su lado, ignorándola.

No quiere caer en banalidades, por lo que cuida cada una de sus letras. El amor no es algo que se escriba fácilmente –se dice-, y su intención es escribirle una carta digna. Así que escribe cuidando de decir lo correcto, lo justo.

Cada línea que escribe le produce un desahogo, una verdadera catarsis que la libera de tanto sentimiento acumulado sin escape.

Le es difícil imaginar cuál será la reacción de Roberto al recibir la carta, llevando su nombre escrito con una letra que desconoce y al percibir el perfume que la impregna.

Quiere creer que no la arrojará inmediatamente al canasto de la basura, arrugándola, pensando que es la carta de una loca.

–Te amo –le escribe para terminar-, y la firma con su nombre.

Alicia dobla la carta, la mete dentro de un sobre y la cierra.

Ignora la dirección donde enviarla, así que sabe que la carta no será despachada por el momento.

Pero eso no tiene importancia, porque tiene la convicción que en ella ha vaciado toda su pasión y su nostalgia. El corazón necesitaba expresar

sus sentimientos, algún día descubrirá por fin el paradero de Roberto; entonces la va a echar en un buzón para hacérsela llegar y enterarlo de todo aquello que nunca le dijo, y que ella ha escrito en esta carta con su sangre y con sus lágrimas.

GATO POR HAMBRE

María tenía hambre, tenía su estómago vacío, y mientras daba vueltas en su pieza pensando qué hacer, escuchó en la radio de la comuna que una niña buscaba desesperada a su mascota, un gato blanco con una de sus patas negra y con una pequeña mancha en la cara. El gato estaba perdido desde hace tres días y la niña, según su madre, no dormía, no quería comer y se negaba ir al colegio. Así que pedían ayuda solicitando a cualquiera que pudiese haberlo visto llamara a la emisora. Se ofrecían \$30.000 como recompensa por traerlo de vuelta.

Milín se llamaba el gato, según dijo la niña sollozando cuando el locutor le preguntó el nombre de su mascota.

María creyó haber divisado un gato blanco por el vecindario, pero no se había fijado en si tenía o no las manchas en su pata y en la cara, así que no podía estar segura de que fuera el animal que buscaban.

No estaba segura, pero igual decidió ir a echar un vistazo, motivada por los \$30.000 de la recompensa.

Salió a la calle, se dirigió a la plaza donde alguien le corroboró haber visto un gato de esas características a pocos metros del Centro Comercial, y hacia allá encaminó sus pasos.

Llegando al Centro Comercial divisó un pequeño callejón lleno de cajas y basura y comenzó a llamarlo: –Milín, Milín... segura de que no podía haber mejor lugar para un gato perdido que ese callejón oscuro.

Escuchó ruidos entre las cajas y se aventuró a través de la basura, temerosa pero decidida; desgraciadamente en vez de encontrar a un gato vio un ratón enorme arrancando que hizo se le pusieran todos los pelos de punta.

–Mierda –dijo-, y tuvo ganas de salir corriendo, pero desistió controlándose y se adentró un poco más para llamarlo.

Cuando comprobó que el animal no estaba allí, decidió abandonar el callejón e ir a buscar a la playa de estacionamientos.

–Milín, Milín –comenzó a gritar de nuevo.

De pronto creyó verlo caminando con su cola en alto paseándose como Pedro por su casa sobre el techo de una camioneta verde estacionada; luego dar un salto y desaparecer.

María se agachó para mirar si lo veía por debajo de los autos pero fue inútil, el animal no apareció por ningún lado.

–No importa, no puede estar lejos –se dijo-, y siguió buscando teniendo en mente los treinta mil, en lo que podría hacer con ellos justamente ahora que no tenía un peso y tenía hambre.

Se iba a comprar un buen pedazo de carne para la parrilla, y una botella de vino. Quería darse un verdadero banquete después de tres días de comer mal o casi nada. Eso se lo iba a agradecer al gato, porque perfectamente un gato blanco

puede traer buena suerte así como un gato negro aporta desgracias.

Cuando caminaba por las calles buscando lo escuchó maullar por los tejados y comenzó a llamarlo con su mejor voz. El gato la miró desde uno de los tejados con sus dos grandes ojos azules y pareció acudir a su encuentro, pero en vez de acercarse pasó corriendo por su lado sin detenerse.

–Tiene que ser el Milín –se dijo, después de fijarse en la pata oscura del felino-, no puede ser tanta coincidencia.

Inmediatamente pensó en que la niña de la radio se pondría muy feliz y agregó al pedazo de carne unos choricillos que completarían la parrillada de sus sueños.

Ya sabía que el gato estaba ahí y ahora no quedaba más que capturarlo.

Lo siguió mientras el felino parecía esperarla sin darle nunca la cara, moviendo su cola y echándose a correr cada vez que ella se acercaba.

La persecución duró varias horas, María llamándolo por su nombre e intentando atraerlo, el gato maullando y escurriéndose.

Tenía cada vez más hambre y al ver que la luz decaía comenzó a ponerse nerviosa. Entonces, después de un rato, se le ocurrió hurgar en un tarro de basura y rescatar algún resto de comida con el que pudiera tentar al animal y finalmente atraparlo. Se sentó en la cuneta con el estómago vacío y puso en el suelo muy cerca de donde estaba, unas sobras de pollo que encontró en el basurero.

El gato se quedó quieto como esperando ver cuál sería el próximo paso de su infatigable persecutora.

María ya casi perdía la paciencia, no podía dejar de pensar en aquellos \$30.000 que le permitirían terminar con su ayuno involuntario. Hasta que cayó la noche y aunque el gato seguía allí sin dar la cara, manteniendo la distancia, ella comenzó a perder la esperanza, a sufrir de angustia mientras sentía sus tripas retorciéndose.

–¿Es que no te gusta el pollo acaso? –le gritó, desesperada.

–Gato huevón –le espetó finalmente-, y sintió que debía hacer el último esfuerzo para atraerlo, porque tenía tanta hambre que muy pronto sería capaz de comer cualquier cosa, incluso las sobras.

–Por favor –le dijo-, suplicándole.

El gato entonces surgió de las sombras con su cuerpo peludo y blanco y por fin se acercó maullando lentamente a oler los restos de pollo.

María se abalanzó sobre él sin pensar que el felino podía engrifarse, arañarla, o morderla. Solo pensó en los \$30.000, y en su hambre.

Para su buena suerte el gato apenas se resistió como si estuviera esperando a que lo cogiera en sus brazos.

–Milín, Milín –le dijo María-, no te asustes, cuchito.

Al acariciarlo, sin embargo, se dio cuenta que aunque el gato era blanco con una de sus patas oscuras, no tenía también –esta vez para su mala suerte-, la mancha en su cara.

El rostro de María se demacró y ella estuvo a punto de desmoronarse al perder toda esperanza.

–Tanto sacrificio por nada –se dijo.

Primero pensó en arrojarlo lejos dándole una buena patada en el trasero y mandarlo a la mierda, pero su hambre fue más fuerte, sintió de nuevo sus tripas retorciéndose y decidió no soltarlo.

Después de todo, para personas pobres como yo –reflexionó-, una parrillada no tiene por qué ser siempre con carne de vacuno o de cerdo, y acariciando al gato, sujetándolo fuerte, lo apeteció, mientras lo llevaba hasta su casa.

EL OBSERVADOR

El señor X viene todos los días, como a la misma hora, a tomarse un café en el restaurante de la esquina.

El señor X suele vestir de color beige, con zapatos negros bien lustrados.

El señor X usa sombrero y, a veces, fuma.

Lo he observado por un tiempo, digamos varios días. No es que me importe, pero como estoy sentado todos los días en este banco de la plaza lo veo venir, entrar al restaurante, pedir un café, no hablar con nadie, salir a la calle y desaparecer por donde mismo ha venido.

Así como él, por esta plaza, circulan muchas personas, cada uno en lo suyo.

La señora Z por ejemplo, pasa por delante del restaurante y ni siquiera lo mira. Jamás la he visto entrar. Pasa apurada siempre con bolsas en sus manos. Ya no es joven, pero algo le queda de su perdida juventud, la cintura y el porte erguido. No mira a nadie y casi nunca pasa a la misma hora.

Siempre pasa sola. Ella no usa sombrero, aunque debiera llevarlo como el señor X para protegerse del sol.

Yo los observo desde la sombra, sentado en mi banco de la plaza, debajo de un árbol.

El señor X con la señora Z nunca se han encontrado, aunque se han cruzado a la misma hora; él saliendo del restaurante después de tomar su café y ella atravesando la calle apurada, con rumbo desconocido.

Son, podría decirse, unos perfectos extraños.

Tal vez jamás se dirán una palabra, ni dejarán de ser el uno para el otro, invisibles.

Solo en mi mente gozan de una relación que los une, aunque ignoro sus nombres y su historia.

El señor X no ha faltado nunca y la señora Z a veces no viene. Pasan dos o tres días y no aparece.

El señor X es constante y por lo mismo más predecible. Lo he visto llegar incluso días feriados.

No sé si alguno de ellos ha reparado en mí que los miro, que casi formo parte del paisaje de la plaza. Ni siquiera se imaginan que alguien los mira y relaciona.

Ayer la señora Z pasó minutos antes que el señor X saliera del restaurante.

El señor X puede haberla visto por la ventana. La señora Z pudo pasar apurada para no encontrarse con el señor X. ¡Quién sabe!

Pienso que formarían una buena pareja. Que el destino debiera unirlos mientras yo los observo desde mi banco.

Sería increíble ver al señor X y a la señora Z de la mano cruzando la calle para después entrar al restaurante. Y luego irse juntos alejándose de la plaza, hasta perderse por las calles.

A lo mejor iría a saludarlos, nos podríamos tomar un café y fumar un cigarrillo.

Los llamaría por sus nombres y los tres seríamos distintos de quienes somos ahora.

Él, el señor X.

Ella, la señora Z.

Yo el sujeto que los observa, analiza y vincula, desde el banco de la plaza, a la sombra de un árbol.

LA PREDICA

En el nombre de Dios altísimo, bendigo todas las cosas. Y pongo mi corazón al servicio de la comunidad –dijo el curita-, mientras hacía cuentas de cómo sacarle partido a la situación.

Que la santa virgen los ampare bajo su manto –continuó-, y que ella bendiga cada billete, o moneda, que ustedes dejen sobre la mesa.

Aaaméeen –concluyó-, y cerró los ojos mientras esbozaba una fingida e inocente sonrisa.

Moraleja: el mercado les exige, también a los “santos”, ganarse el sustento.

SIN DINERO

No tengo un peso. Tampoco expectativas. Vivo al día, como puedo. Llevo así bastante tiempo, tanto, que casi no recuerdo la última vez que tuve algunas monedas en mis bolsillos. Pero no importa, me las arreglo. He aprendido a hacerlo.

No tendría problemas sino fuera por este dolor que tengo ahora en el costado y que me tiene por el suelo, adolorido. Necesito un médico.

Y ése sí que es un problema, porque en este país los médicos son caros.

Ni soñar en que me curen si no les pago, y ya no puedo más. Sufro. Me duele. Desespero.

Necesito plata, que no tengo.
¿Qué hacer entonces?

No hay otra opción. Busco un cuchillo, lo limpio, le saco brillo a su hoja un poco roída. Lo empuño mientras me sobo el costado que me duele.

Juro que no quisiera tener que hacerlo, y tengo miedo. La mano me tiembla y transpiro. Pero no me debe temblar la mano si quiero que esto se solucione. El dolor que punza, obliga.

Necesito sangre fría, coraje, precisión, y mucha destreza, que tal vez no poseo.

Estoy lo suficientemente convencido, me digo. Respiro profundo. Aprieto el cuchillo y me agazapo

en las sombras de la esquina, a esperar que pase
el primer transeúnte bien vestido.

**UNA MUJER NO COMO LAS OTRAS, SIN
PELOS EN LA LENGUA Y DISPUESTA A TODO,
INCOMPRENDIDA, HONRADA Y VIRGEN.**

Dijo que me quería, y sin embargo, me pegó y se retiró gritando que me fuera a la mierda. Todo porque no quise entregarle mi más preciado tesoro, que guardo entre las piernas, para una ocasión especial. Así son los hombres. Ya he pasado por esto. Son mentirosos e interesados, calientes, indignos de mi persona.

Yo me guardo para aquel que no pretenda poseerme aunque lo desee. Para aquel bicho raro que sepa contenerse y respetarme. A ése le voy a entregar todo mi oro, con la pasión de una puta excitada. ¿Pero, cuándo llegará? Hace tiempo que espero. Por el momento soy virgen y pura. Aunque pasen los años; aunque mis senos y nalgas envejecan; aunque tenga que morir con las ganas, soltera, machucada. Es un juramento que me he hecho.

Dicen que estoy loca, que aquel príncipe azul no llegará nunca. No seai tonta, me dicen mis amigas, no vale la pena, úsalos a ellos y entrégate al placer, que no sentir a un hombre es todavía no ser mujer. Pero aun así, yo guardo mi tesoro, no se lo voy a dar a cualquiera que me diga que me quiere, como a este

mismo huevón que acabo de rechazar antes que me diera la pateadura. Sé lo que quería y yo no se lo di. Que se vaya él a la mierda, yo me quedo aquí, moreteada, pero pura, invicta, jamás desflorada, un ejemplo para mi género.

Alguien que espera a quien ha de venir para casarse de blanco, con todas las de la ley.

LA CASA

Llegamos a esta gran casa empujados por el destino. Veníamos de tener una vida pobre, pero digna. Éramos jóvenes y estábamos conscientes de cual era nuestro lugar en la sociedad. Primero, yo fui uno de los mozos de salón y mi mujer una empleada de pieza, entre otras. Pero, con el tiempo y mucho esfuerzo, llegamos a ser yo el mayordomo y ella el ama de llaves, a cargo de todo el servicio doméstico. Los señores en verdad nos honraron con su confianza. Claro, que como digo, esto sucedió después de servirlos fielmente durante muchos años. Ellos ya pasaban de los sesenta y debo decir que gracias a sus incalculables recursos vivían una vida regalada como pocos.

Nunca fueron groseros ni abusivos con nosotros, como al parecer lo hacían otros patrones, según relataban sirvientes con los que nos encontrábamos los días de salida o durante las compras. Al contrario, nosotros creemos que ellos llegaron a considerarnos de la familia, como se deduce de su última voluntad leída al otro día de sus muertes, bajo el derrumbe de una cornisa mientras paseaban por el jardín, el 25 de febrero de 1957.

Yo y mi mujer heredamos la propiedad con todas sus pertenencias. Aun a disgusto de ciertos

parientes lejanos que aparecieron de repente, pero que para su mala fortuna, no habían sido nombrados en el testamento.

Sin embargo, después de esto, nosotros decidimos continuar como si siguiéramos siendo yo el mayordomo y mi mujer el ama de llaves. Conocíamos nuestros límites... Y así lo hicimos. Sin darnos cuenta de lo que ocurría afuera, de cómo pasaba el tiempo y cambiaban las cosas, los inmuebles y las gentes. Creo que debimos hacerlo, o al menos presentirlo, a medida que la ciudad crecía hacia el cielo y se veían aparecer esos enormes edificios, largos pálidos y rectos como un obelisco. Pero, es que estaban tan lejos entonces.

La gente nos veía salir de paseo por el parque y hablaba de nosotros. Los escuchamos muchas veces. Pero, sobre todo, hablaban de la casa. Ellos la admiraban... y con razón... si para ellos también significaba esta la alcurnia y el decoro, la nobleza y sus recuerdos.

Debo decir que aquello nos hinchaba el pecho de orgullo. Lo confieso. Aunque nosotros seguimos durmiendo en nuestra pieza de empleados y comiendo en el repostero de servicio. También nos vestíamos como siempre, caminábamos por las mismas calles y comprábamos las mismas cosas de costumbre. Pero ellos nos veían diferentes, unidos a esta casa, formando parte de esta casa. Y nosotros terminamos aceptándolo, uniendo finalmente nuestras suertes a su suerte.

Luego el barrio se vio consternado por la llamada modernidad. Echaron abajo casi todas las propiedades de la cuadra y levantaron altos

edificios, hasta tapar el sol, hasta dejarnos en medio de ellos como una solitaria reliquia, a la sombra, interesante, pero molesta.

Como es de suponer a estas alturas del relato, muy pronto nos ofrecieron millones y millones por la casa. Mejor dicho por el terreno, porque a ella querían derrumbarla. A ninguno le importaban ni la alcornia, ni el decoro ni los recuerdos. Así que a todos les respondimos lo mismo:

—¡Antes muertos! ¡Esta casa muere con nosotros!

Y usted ya ve, una gran torre se yergue ahora en lo que fuera nuestro jardín. Una compañía de seguros es la dueña del edificio. Y nosotros le contamos esta misma historia a quien llega del otro mundo. Un poco nostálgicos tal vez, y esperando reconocer a nuestro asesino cuando lo veamos de frente.

FANTASÍAS

Siempre soñé con una mujer ardiente, que diera apasionados besos con lengua y quisiera tener sexo dos o tres veces por día. Que usara colalé y no tuviera pudor a la hora del sexo. Desgraciadamente, este no es el caso de mi mujer, que es más bien fría y sin gracia, y para tener sexo siempre comienza diciéndome que no, mezquina de besos.

Por eso me he visto obligado a buscar lo que ella me niega en otros brazos. He debido engañarla buscando satisfacer mis fantasías sexuales. Eso sí, teniendo siempre cuidado de que ella no lo sepa. Después de todo ella es mi mujer, la madre de mis hijos, le debo respeto. Siempre he tenido la inteligencia de eliminar cualquier evidencia que pudiera comprometerme y, tengo que admitirlo, he hecho un buen trabajo. Creo que mi mujer ni siquiera sospecha que mis deseos más profundos no los sacio con ella, sino con otras.

Todo ha ido sobre ruedas; aunque hay excepciones. Ahora, por ejemplo, enfrento una amenaza. Una mujer apasionada insiste en llamarme a la casa; una mujer ardiente con la que me he acostado dos veces, rompiendo mi propia regla de hacerlo una sola vez y, después, si te he visto no me acuerdo. Me llama sin cesar, dos o tres veces al día. Tuve que decirle a mi mujer que es una clienta

que me llama a nombre de su esposo enfermo, quien tiene un problema con la empresa. Menos mal que ella no es celosa y no se pasa rollos, pero si la cosa continúa corro el riesgo que sospeche. Tengo que hacer algo y no sé qué. Dicen que las mujeres despechadas son terribles y esta podría ser capaz de venir hasta mi casa y arruinarlo todo.

Si esto sucede, siempre tengo la opción de tildarla de loca y negarlo rotundamente. Mi mujer me creerá. Pero no puedo dejar que esto se complique y poner en juego mi matrimonio. Nunca me voy a perdonar el haber dado este falso paso.

Finalmente, tuve que llamarla y pedirle que nos juntáramos para decirle que se estaba sobrepasando; que no había necesidad de ir tan lejos; que yo jamás le había prometido alguna cosa.

La mujer es bellísima y usa un perfume que me vuelve loco. Me estaba esperando tomando un café helado y cuando llegué me puso la mejilla para que la besara.

Me preguntó por qué no había respondido sus llamadas y si acaso me estaba escondiendo. Le dije que no, pero que ella sabía que era un hombre casado y que sus llamadas me complicaban la existencia.

Se disculpó y prometió no volver a hacerlo. Me dijo también que soñaba conmigo, que tenía que volver a verme porque en unos pocos días se iba a Europa para radicarse en Alemania.

No sé qué pasó, pero terminamos de nuevo en un motel haciendo el amor como locos.

Y cuando estábamos en lo mejor, me acordé de mi mujer, e imaginé que era ella quien gemía y me abrazaba. La besé en el cuello y detrás de la oreja, siempre imaginando que era mi mujer la que tenía ese olor y me daba esos besos. Fue una experiencia loca, inolvidable. En ese momento tuve todo lo que había soñado: a mi mujer, que amo, comportándose como una verdadera puta en la cama.

Hicimos el amor varias veces y después, cuando nos despedimos, le agradecí el haberme llamado, le desee el mejor de los viajes y le repetí, una vez más, lo fantástica que era.

UNA HISTORIA PEGAJOSA

No estoy de humor para andar con cuentos, ni mucho menos para agregar más humo a la neblina, pero hay una historia que se resiste a quedar en el cajón de los recuerdos.

Es una historia más bien descolorida que tiene un solo mérito: el de haberse creado a sí misma, naciendo como cualquier otra criatura en este universo increíble, y haber aprendido a sobrevivir.

Llegó sin que nadie se lo pidiera, para quedarse, porque después de todo historias como esta no son comunes.

Tiene muchas cosas paradójales, pero así me veo en la obligación de contarla, so pena de sufrir algún dolor de los mil demonios, de esos que calan los huesos y lo vuelven a uno loco.

Su único personaje no tiene nombre ni posesiones, y es un vagabundo que se pasea tanteando en la oscuridad de un espacio imaginario que lo envuelve, le da vida y a la vez lo alimenta.

No tiene trama esta historia, es solo un fluir interminable, sin secuencia ni nada que se le parezca. Por eso que es difícil contarla.

A mí me ha venido del cielo como todas las historias, y es un misterio lo que me fuerza a reproducirla.

Algunos dicen que es como un pozo vacío al cual caen quienes la leen o escuchan; otros simplemente callan y cierran los ojos.

Dicen también que quienes la leen o escuchan ni siquiera se dan cuenta cuando esta los penetra hasta formar un pequeño nido en su interior.

Y como resultado de esto aquel personaje que deambula sin rumbo tiene como nueva morada la mente de quien lo conoce, una mente que al principio sigue siendo la misma, pero que con el tiempo sucumbe y se somete.

Luego ya no hay nada que hacer, el bicho está dentro y no le resta más que madurar.

Este es su mecanismo de sobrevivencia y propagación. Así la historia sobrevive al silencio y al olvido y se propaga de mente en mente. El personaje se reproduce en otros seres que no tienen más opción que volverse cómplices de esta historia casi inimaginable y convertirse en sus apasionados pregoneros.

De ahí nace ese impulso feroz e irresistible de contarla una vez que la has leído o te la cuentan.

POR FAVOR SOLICITO TU ATENCION

Hey tú que estás leyendo esta página, dame una mano, porque no puedo actuar solo y dependo de un lector que me infunda vida y movimiento. Así que únicamente alguien como tú puede conducir mi camino y ver qué sucede, hasta dónde podemos llegar haciendo uso de la imaginación.

Te propongo que me vistas de terno y corbata o con jeans y zapatillas, como quieras. Ponme un nombre, el que se te venga a la mente. Luego sácame a dar un paseo bajo las estrellas, fumando, con una de mis manos en el bolsillo, mientras pienso en una mujer.

Ese es un buen comienzo; después debes imaginar lo que sigue. Que porte un arma, por ejemplo, y me encamine hacia una calle cercana hasta llegar a la puerta de un edificio con amplios balcones llenos de plantas y una mampara de vidrio. En la calle Gran Avenida, número 2355.

Déjame allí pensar un rato, indeciso, planificando el próximo paso.

Puedes hacerme encender otro cigarrillo y levantar la cabeza para mirar hacia el tercer piso, dar unas pitadas, luego masacrar con mi zapato la colilla del cigarrillo y entrar decidido al edificio.

Hazme subir hasta el tercer piso tomando el

ascensor. Después tocar la puerta de uno de los departamentos, o abrirla de una patada y entrar sin avisarme.

No te pongas nervioso, lo estás haciendo bien. ¿Continuamos?

Adentro hay un hombre.

Haz que saque la pistola que tengo en el bolsillo y, sin decir una palabra, le dispare dos veces al hombre, una bala en el pecho y otra en la cabeza.

El hombre cae muerto.

Matamos a un hombre. Me trajiste hasta acá y me ayudaste a cometer el crimen. Somos cómplices.

Ahora tienes que sacarme de aquí lo más rápido posible. No debemos dejar ninguna pista o la policía podría llegar hasta nosotros y meternos presos.

Hazme bajar por la escalera y salir del edificio tranquilamente, para no llamar la atención y convertirme en sospechoso, enseguida caminar hacia el poniente y alejarme.

Si te parece, y aquí me permito darte un consejo, haz que yo bote la pistola en forma discreta en un tarro de basura y que continúe caminando hasta desaparecer.

Ahora que él está muerto, que nadie sabe que fuimos nosotros y estamos a salvo, te lo puedo confesar: yo esperaba este momento con ansias, desde el primer momento supe que me ayudarías a asesinarlo. Necesitaba un cómplice. No lo habría hecho sin ti.

Gracias.

EL ENCUENTRO

El otro día me encontré con Marcelo Ulloa que venía caminando por la acera sur de la avenida principal del pueblo donde ambos nacimos. Hacía frío y los dos llevábamos sombrero y bufanda. Corría un viento fuerte que levantaba las hojas caídas de los árboles.

Cuando me vio sonrió y abrió sus brazos y nos abrazamos después de tanto tiempo.

Pero si estás igualito –me dijo. Entonces me saqué el sombrero y le mostré mi calvicie galopante.

Se impresionó, rió, hizo gestos con sus manos. Y volvió a abrazarme.

Me puse de nuevo el sombrero y también lo abracé. Marcelo estaba radiante.

Eso fue todo, el encuentro no duró más de dos o tres minutos. Luego nos despedimos y cada uno continuó como si nada, siguiendo el mismo rumbo que llevaba. No nos dijimos nada más.

Fue en 1998 cuando yo tenía unos 45 años y él debió tener unos 40.

Pasó tan rápido. Todo fue producto de la casualidad. Un hecho tan simple. Un episodio entre otros mil semejantes, que a nadie podría interesar.

Yo lo consigno aquí, por sí acaso, tal vez en un afán de perpetuar lo impermanente, atreviéndome a recordar.

Aunque lo más insólito de este cuento es que, poco después del suceso, supe que mi amigo había muerto ya hacía tres meses, en un hospital.

INDICE

EL CÍRCULO	5
LA HISTORIA DE JULIAN	40
CUANDO QUISE ACLARARLO	47
LA HIJA DE LA EMPLEADA	50
EL JUGADOR	53
EL PERICO	61
EL FLACO MANUEL	66
LA CONQUISTA	69
CON POCAS PALABRAS	71
LA CARTA	73
GATO POR HAMBRE	76
EL OBSERVADOR	81
LA PREDICA	84
SIN DINERO	85
UNA MUJER NO COMO LAS OTRAS	87
LA CASA	89
FANTASÍAS	92
UNA HISTORIA PEGAJOSA	95
POR FAVOR SOLICITO TU ATENCION	97
EL ENCUENTRO	99

